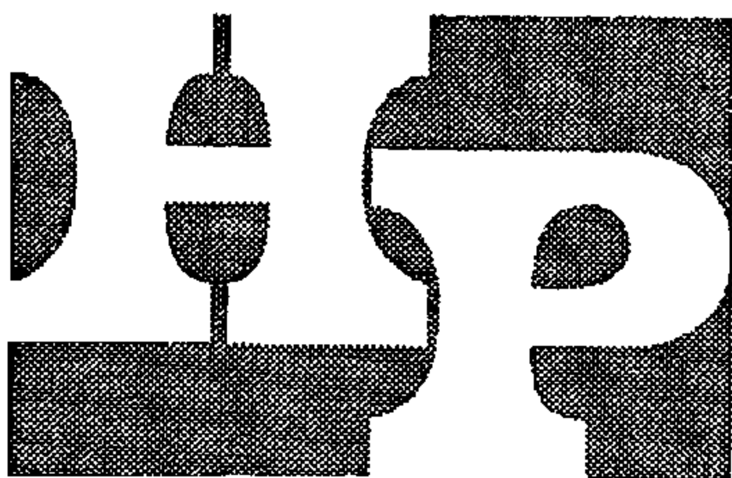



# Silver Kane

# MILLONARIA PELIGROSA





# Héroes de la PRADERA



# Silver Kane

## MILLONARIA PELIGROSA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 283
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 16126-1975

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: junio, 1975



Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

# Capítulo primero

—¡Colgadlo!

La orden había partido, seca, brutal, de la garganta del coronel Latimer.

Los tres hombres que le escoltaban se dispusieron a obedecer. Avanzaron hacia el interior de la habitación de una magnífica casa del Sur, que se alzaba en mitad de la llanura.

El hombre cuya muerte había decidido el coronel miró a éste con ojos incrédulos.

—No es posible… —balbució.

Era un hombre que podía ser considerado viejo, en aquella época. Tendría unos cincuenta años. Vestía descuidadamente y llevaba sobre sus ropas una gran bata manchada de barro, pues hasta aquel momento había estado haciendo figuras modeladas. Pese a la sencillez de aquellas ropas, se adivinaba en él una gran distinción. Cualquiera que lo viese habría pensado: «Este hombre ha sido rico durante toda su vida».

Se acercó, con paso inseguro, al coronel Latimer.

—Lo que usted ha dicho debe ser una broma, coronel… —barbotó—. Una broma de mal gusto. Sabe que yo he prestado para la causa del Sur todo el dinero de mi Banco. Me he quedado sin propiedades, sin casa siquiera, porque ahora vivo en un lugar que no es mío…, ¡y no he pedido nada a cambio! Creí que al menos podrían… respetarme.

Latimer, un hombre cuadrado, macizo, rió ásperamente.

—Basta de tonterías, Johnson. Usted ya no nos sirve para nada y, en cambio, podría darnos muchos quebraderos de cabeza si le dejásemos con vida. Alégrese de que no le hayamos matado antes.

Lo señaló a sus hombres.

—¡Basta de contemplaciones! ¡Colgadlo de una vez!

Los tres guardaespaldas del coronel se pusieron en movimiento. Con una perfecta sincronización, dos de ellos derribaron a Johnson al suelo, colocándolo de bruces, y le ataron las manos a la espalda. Otro le mantuvo quieto a la fuerza, sujetándole la nuca.

Latimer buscó con los ojos algo que le sirviera para colgar a aquel individuo.

—La lámpara —ordenó—. Está bien sujeta.

Una soga fina fue pasada por aquella lámpara y dos de los hombres sostuvieron el cabo libre, mientras Latimer hacía un lazo en el otro extremo y lo ceñía al cuello de Johnson.

Éste aulló:

—¡Nooooo…! ¡Por favor! ¡Vais a cometer un asesinato! ¡Un infame asesin…!

No pudo terminar. Latimer había ordenado:

—¡Arriba!

La cuerda se puso tensa. La lámpara se ladeó y produjo en el primer momento la sensación de que iba a romperse.

Pero resistió. Resistió, desgraciadamente para Johnson.

Un momento después, el cuerpo de éste se estremecía con los espasmos de la muerte.

Latimer lo miró. Lo estuvo mirando a la cara hasta que se convenció de que todo había terminado.

Extrajo entonces un sable, y de un seco golpe cortó la soga. El cuerpo cayó a tierra. Luego volvió a enfundar el arma y se sacudió las motas de polvo que enturbiaban el brillo de insignias en el uniforme sudista.

No muy lejos, quizá sólo a una cinco millas, se escuchaba el retumbar de los cañones.

Uno de los hombres le miró, parpadeando.

—Mi coronel…

—¿Qué ocurre, Charlie?

—¿Es que no lo oye, mi coronel?

—Haría falta estar sordo para no enterarse… La artillería nordista está a unas cuatro millas de aquí, lo cual indica que la infantería se encuentra a dos… Y no hablemos ye alguna patrulla de caballería, que puede estar ya a las puertas de esta casa. Por eso he dicho que nos diéramos prisa.

Abarcó la habitación con un gesto amplio de su derecha.

—¡Buscad!

La pieza estaba llena de pequeñas figuras modeladas en barro. Algunas de ellas eran de una gran perfección, lo cual indicaba que Johnson había sido en vida un verdadero artista.

Pero eso, ¿qué importaba ya?

Los hombres empezaron a romper las esculturas más grandes y a buscar en su interior. También abrieron los cajones y desparramaron su contenido por el suelo.

Fue una búsqueda ansiosa, frenética, mientras el cañón seguía tronando a lo lejos.

De pronto, en el hueco de una gran cabeza modelada en barro, ya que acababa de ser rota, uno de los soldados encontró algo.

Era un delgado rollo de papeles, parecidos a billetes, pero de color amarillo y con unas anotaciones escritas en ellos.

—Tiene que ser esto, coronel.

—A ver.

Latime los miró. El examen debió complacerle, porque sonrió satisfecho.

—Está todo. ¡Sabía yo que lo encontraríamos! Vamos, ahora hay que salir de aquí cuanto antes.

—Los caballos están preparados, coronel.

Los cuatro hombres abandonaron la habitación, descendiendo a la planta baja.

La casa, solemne y rica, había sido una de las mejores de aquella región del Sur. Ahora estaba muy abandonada, pero seguía siendo hermosa, como esas mujeres que continúan llamando la atención aunque se vistan de harapos.

Los cuatro hombres montaron en los caballos que tenían amarrados a la entrada y se alejaron velozmente, picando espuelas. Unos minutos después, se habían perdido en la lejanía.

El cañón acababa de enmudecer. En torno a la casa, extrañamente, todo era silencio ahora.

* * *

Instantes después, se oyó a alguien que silbaba alegremente una cancioncilla.

Una mano apartó los arbustos del sendero que llevaba al río, y

una alta figura masculina apareció por el hueco.

Era un tipo que no resultaba normal en aquella región barrida ya por la guerra.

Llevaba ceñidos pantalones azules, botas altas y una camisa gris alegremente desabrochada. Un sombrero de alas medio rotas descansaba sobre su nuca, dejando la frente y las facciones completamente al descubierto. Sobre el hombro derecho de aquel individuo descansaba una caña de pescar, y de su costado colgaba una cesta como las usadas por los pescadores, en cuyo fondo brillaban varios plateados peces.

El hombre seguía silbando su cancioncilla alegremente, mientras se aproximaba a la casa.

La guerra parecía importar muy poco a aquel hombre joven y optimista, dueño de unas anchas espaldas, una fuerte musculatura, una cara agradable y un rebelde mechón de cabellos rubios.

Cuando llegó a la suave pradera que se extendía ante la casa, se detuvo a mirarla.

Una leva mueca de contrariedad se dibujó en sus labios.

—Todo esto está cada vez más descuidado… —se dijo a sí mismo—. ¡Hum! ¡Con lo bonita que era la casa antes! Tendré que decirle al millonario que haga un par de esculturas para adornar la entrada. Así se disimularán los desperfectos de las columnas.

Instintivamente, aquello dejó de preocuparle. Volvió a sonreír, volvió a silbar una alegre cancioncilla y a avanzar hacia la casa.

Una vez ante las columnas del porche, gritó:

—¡Eh, millonario!

Nadie le respondió esta vez. Normalmente, Johnson se asomaba a la ventana, al oírle llegar, y le preguntaba cómo había ido la pesca. Pero en ocasiones estaba tan abstraído con su trabajo que no se enteraba de nada.

El joven llamó otra vez:

—¡Millonarioooo! ¡Yuuupiii…!

Nadie contestó tampoco.

El alegre pescador no se intranquilizó demasiado por eso. Entró en el vestíbulo, dejó la caña de pescar apoyada en un rincón, y depositó el cesto de los peces sobre una mesa que antes había sido lujosa, pero que ahora estaba llena de cicatrices. Luego subió las escaleras.

Mientras ascendía, iba hablando en voz alta, según su costumbre:

—La pesca ha sido estupenda esta vez, millonario. Últimamente ya sabes que no picaban…, pero ¡qué diferencia ahora! He tenido una mañana magnífica. Yo mismo asaré unos cuantos peces y veremos si aún queda alguna botella en la bodega…

Estaba ya en el piso superior. Empujó la puerta de la habitación de Johnson…

—Vamos, vamos, millonario, hay que animarse… Ahora viene el buen tiempo para pescar. ¿Cuándo vas a dejarte de esculturas y de chismes, y vas a venir conmigo…?

De pronto, el joven quedó callado.

Sus mandíbulas entrechocaron. Estaba atónito. Exhaló una especie de gemido mientras avanzaba hacia el interior.

—No es posible… —balbució.

Sus ojos extraviados captaron todo el horror de aquella extraña y silenciosa escena.

Resultaba evidente que Johnson había sido ahorcado poco antes. Ahorcado de una innoble, por un grupo de asesinos.

El joven fue incapaz de reaccionar durante algunos minutos, durante un tiempo que a él le pareció interminable.

Los asesinos habían registrado aquella habitación, de eso no cabía duda. Habían actuado rápidamente y sin contemplaciones. Todo estaba roto, esparcido, deshecho…

Por fin el joven reaccionó. Absurdamente, tuvo la sensación de que aún podría hacer algo por Johnson.

Se inclinó sobre él, le miró a los ojos de cerca y comprendió como tenía que haber comprendido ya antes que era inútil todo esfuerzo.

Otra vez dio la sensación de estar aturdido. Diríase que todo aquello correspondía a un mundo del que él no comprendía absolutamente nada. Giró hacia la puerta, como si fuese a salir, y en ese momento oyó un ruido ante la casa.

Ruido de cascos de caballos. Alguien se acercaba.

El joven pensó que aquello era una suerte. Al menos podría ayudarle alguien en aquella absurda situación. Empezó a descender por las escaleras y, antes de que le viesen, distinguió él a los recién llegados. A los que subían.

Eran tres personas. Dos hombres y una mujer.

La mujer iba delante.

El joven abrió la boca con asombro, y durante algunos segundos quedó paralizado sobre los peldaños.

* * *

La que subía hacia el piso superior era una maravillosa mujer de unos veinte años, alga de maravillosas formas y de rostro enérgico pero diabólicamente seductora. Llevaba el pelo muy corto y arreglado al estilo masculino, lo cual sin embargo, no restaba ni un ápice de su belleza.

Los dos hombres que la acompañaban eran también jóvenes y tenían un aspecto atlético. Los tres, incluso la mujer, vestían uniformes del ejército nordista.

El pescador que estaba en lo alto de las escaleras no había visto jamás aquellos uniformes en la realidad. Le habían hablado de ellos, y los dibujos aparecidos en los diarios los reproducían de vez en cuando, pero él siempre vivió en el Sur. La guerra le había parecido una cosa absurda y lejana… hasta ahora.

Incluso, a pesar de oír los cañonazos últimamente, había tenido la sensación de que los nordistas no llegarían allí nunca. Le parecía, no sabía por qué, que la casa había de quedar siempre al margen de la lucha. Y ahora se daba cuenta de que la guerra había llegado hasta sus puertas.

En el primer momento se sintió desorientado. No le hizo gracia ver allí aquellos uniformes azules. Y, ya que no le habían visto aún, trató de escabullirse.

Fue a retroceder, pero en ese momento la mujer, más rápida que su dos acompañantes, le señaló bruscamente:

—¡Eh, usted!

El joven se volvió. Trató de sonreír.

—Hola… Ustedes son… Bueno, son forasteros, ¿no?

—Se siente bromista, ¿eh? ¡La región está siendo ocupada por el Ejército del Norte! ¡Deténgase!

—Ya me he detenido. Estoy más quieto que un poste.

—¿Por qué trataba de huir?

El joven simuló inocencia, pero la verdad era que se sentía muy poco tranquilo, después de lo que había visto.

—¿Yo? ¿Tratar de huir yo?

—Lo he visto… Quería escabullirse. Bueno, luego averiguaremos eso. ¿Cómo se llama?

—Dan.

—¿Y qué hace aquí?

—Soy… el dueño de esta casa.

La muchacha, que era la única que había abierto la boca hasta entonces, dirigió en torno suyo una mirada estimativa.

—Una bonita choza… Claro que las he visto mejores, y sobre todo más cuidadas.

Dan carraspeó.

—Durante estos últimos años, no he podido dedicarme a mejorar mis posesiones. La guerra, ¿sabe? Pero ahora pienso repararlo todo. Bueno, si ustedes me dejan. ¿Es que el Ejército nordista va a incautarse de esta casa?

—No. En realidad, sólo hemos venido aquí porque buscamos a alguien.

—¿A quién?

—A un hombre llamado Johnson.

Dan carraspeó.

—¿Quién… les ha dicho que está aquí?

—Hemos buscado por muchos sitios. Al fin, sabemos que vive en esta casa.

—Creo que se han confundido. Aquí no vive…

—¡Vamos, apártese!

La mujer era la más decidida de los tres. Había desenfundado un revólver, quizá porque no se fiaba de Dan. Daba la sensación de que no se fiaba de nadie en el mundo.

—¡Apártese! —repitió.

Se daba cuenta de que estaba metido, sin haberlo comido ni bebido, en el peor jaleo de su viaje. Ignoraba quiénes eran aquellas tres personas y para qué buscaban a Johnson, pero, a menos que lo buscaran para matarle, les haría muy poca gracia encontrarlo ahorcado.

Los tres pasaron por su lado y siguieron por el corredor del primer piso, mirando en todas las habitaciones.

A Dan cada vez le gustaba menos aquello. De modo que, como ya no se fijaban en él, decidió poner tierra por medio y salir cuanto

antes de allí.

A él siempre le había gustado la vida tranquila. Al diablo todos aquellos líos.

Fue a la cuadra, donde siempre tenía ensillado su caballo, y lo montó velozmente. Salía al exterior cuando oyó aquel grito lacerante, estremecedor, que llenaba la casa.

Un grito de mujer.

Por lo visto, a la chica no le hacía ninguna gracia encontrar a Johnson muerto. La cosa se complicaba.

Iba ya a introducirse por una zona de altos matorrales, cuando uno de los hombres asomó por la ventana principal del piso superior. Sus ojos llameaban.

—¡Allí!

Había visto a Dan. Su revólver crepitó dos veces.

El joven sintió una rozadura en el pecho y otra en la cabeza. Aunque ninguna de las dos balas le había atravesado, la de la cabeza resultó suficiente para hacerlo perder el equilibrio. Quedó sentado en el suelo, mientras tenía la sensación de que todo daba vueltas en torno suyo.

Cuando empezó a recuperarse un poco, vio a tres figuras altas, erguidas ante él, con las piernas entreabiertas.

Los ojos de la mujer llameaban. Los de los hombres destilaban un frío y peligroso odio.

Fue ella la que escupió la palabra:

—¡Perro!

Dan se puso en pie poco a poco.

—No he sido yo… —dijo—. Puedo jurar que no he sido yo.

—Entonces, ¿quién?

—Lo ignoro. Lo ignoro completamente.

—¿Por qué huías?

—No me gustan las complicaciones —reconoció francamente él.

La mujer apretó los labios. Avanzó un paso más hacia Dan, mientras descansaba la derecha sobre la culata del revólver.

—¿Sabes quién era Johnson? —preguntó con voz tensa.

—Sí, claro que lo sabía. Vivíamos juntos aquí.

—¿No te habló nunca de que tenía tres hijos?

Dan abrió la boca asombrado. De pronto, comprendió la situación en todo su dramatismo. De repente, se dio cuenta de todo

lo que aquello podía significar para él.

—¿Es posible que…? —balbució.

—Sí. Nosotros éramos sus hijos.

—Comprendo vuestro dolor, pero… no sé nada de su muerte. Yo he descubierto el cadáver hace unos minutos. No tengo ni idea de lo que ha podido ocurrir. ¡No sé absolutamente nada!

—Pronto se refrescará tu memoria.

—¿Qué quieres decir?

—Es imposible que, viviendo en la casa, no te hayas enterado de nada.

—¿Cómo iba a enterarme? ¡Estaba pescando! ¡Y para ahorcar a un hombre no hace falta armar ruido!

La muchacha pareció escupir la orden bruscamente:

—¡Vuélvete de espaldas!

Él obedeció. Suponía que iban a registrarle, y como tampoco iban a encontrar nada, lo permitió.

Pero apenas se había vuelto de espaldas, la culata de uno de los revólveres voló hacia su nuca.

Dan no supo nunca quién de los tres le había golpeado, pero de pronto se doblaron sus rodillas y cayó a tierra de bruces. El paisaje pareció dar una vuelta completa en torno a sus ojos antes de borrarse definitivamente.

Cuando recuperó el sentido, notó que había cambiado mucho su situación. Ahora estaba amarrado a una de las columnas del porche de su propia casa, sosteniéndose en pie a causa de estar materialmente colgado de aquellas ligaduras. Le habían quitado toda la ropa que cubría su tronco, y tenía, por tanto, la espalda desnuda.

Los tres recién llegados estaban tras él. Uno de los hombres empuñaba un látigo.

Dan sacudió la cabeza.

—¿Qué diablos vais a hacer?

Oyó la voz de la muchacha:

—Vamos a hacerte hablar, hermanito.

—¿Hablar sobre qué? ¡No tengo ni idea de quién mató a vuestro padre! ¡Además, él era mi amigo!

—Sabes algo que no quieres explicar.

—¡Maldita sea, no tengo ni idea de lo ocurrido!

—Pronto se refrescará tu memoria.

La verdad es que a Dan nunca le habían propinado una tanda de latigazos. Hasta entonces había podido pasar una vida bastante agradable. Muchas cosas dolorosas o tristes solamente las conocía por referencias.

Por eso tembló un instante, al pensar en lo que se avecinaba.

—¿Tienes miedo? —preguntó burlonamente la mujer—. ¿No te avergüenza ser un cobarde y un podrido señorito del Sur?

—Ni a los del Sur ni a los del Norte les hace gracia una tanda de latigazos… sobre todo si se propinan sin razón.

El hombre que llevaba el látigo se acercó un poco más a Dan, para situarse a la distancia más conveniente.

—¿Le atizo yo, Marta? —preguntó.

«De modo que se llama Marta… —pensó Dan—. Un nombre tan bonito para una mujer tan… tan…».

El primer latigazo cortó sus pensamientos.

Todo el cuerpo de Dan se estremeció. Era la primera vez que recibía un castigo de aquella clase. Tuvo que hacer un terrible esfuerzo para no gritar.

—¿Cuántos? —preguntó el hombre.

—Hasta que hable.

—No puedo hablar… —suspiró Dan—, ¡porque no sé nada!

—Pues entonces pégale hasta que reviente, Mich.

Dan recibió un nuevo latigazo. Sintió cómo la piel saltaba bajo el impulso del cuero.

—¡Jamás os podré decir nada! —gritó—. ¡Nunca supe que Johnson tuviera enemigos! ¡No recibía visitas! ¡Infiernos! ¡No tengo ni idea de lo que ha ocurrido!

—¡Dale, Mich!

Otro latigazo; éste, más doloroso aún que los otros dos, cayó sobre los riñones de Dan.

—¡Otro!

Dan comprendió que no podría resistir mucho tiempo aquello, pero sintió vergüenza de gritar ante una mujer. Apretó los dientes y decidió aguantar hasta el fin.

Los latigazos fueron cayendo uno tras otro sobre su espalda. Dan notaba que su piel estaba saltando a tiras. La sangre resbalaba por su espalda y llegaba hasta sus piernas. Pero no gritó una sola vez.

Mich seguía golpeándole con la misma fuerza que al principio. Se había quitado la guerrera, para tener más libertad de movimientos, y buscaba los puntos más vulnerables de la espalda de Dan. Éste perdió el sentido una vez, quedando materialmente colgado de las cuerdas. Mich dejó descansar el látigo.

—No ha gritado una sola vez —murmuró—. Y eso que parecía un señorito del Sur.

—Ya gritará.

—¿Es que vamos a seguir?

—Échale agua.

El otro hermano fue a buscarla al interior de la casa. La trajo al cabo de un par de minutos.

—Anímale, Peter.

Peter arrojó el agua sobre la espalda de Dan, que recobró el conocimiento y gimió sordamente. Poco a poco fue incorporándose.

—¿Vas a hablar de una vez? —masculló Marta.

—Todo lo que sé… os lo he dicho ya.

—Sigue, Mich.

Éste hizo oscilar el látigo suavemente. Respiró con fuerza y descargó el cuero sobre la espalda del joven.

Cinco latigazos más hicieron que Dan se desmayara de nuevo. Ahora ya no pudo recuperarse hasta el segundo cubo de agua que le arrojó Peter. Volvió a erguirse, con una resistencia increíble, a pesar del terrible castigo sufrido.

—Sigue, Mich.

—Vamos a matarlo…

—Que hable.

Tres nuevos latigazos cayeron sobre la espalda de Dan. Éste perdió el conocimiento otra vez, y no volvió a recobrarlo a pesar de que le arrojaron encima varios cubos de agua.

Mich soltó el látigo y se acercó a él. Le levantó la cabeza, sujetándolo por los cabellos.

—Si este hombre no está muerto —declaró—, le falta poco.

Marta se acercó también.

—Respira, ¿no lo notas?

—El corazón casi no le late.

—Desde luego, ha resistido mucho —reconoció Marta—. No esperaba que aguantase tanto.

—Si supiera algo, lo habría dicho ya.

—Quizá esté aguantando hasta el fin para salvar su vida. Debe saber que lo ahorcaremos si se confiesa culpable.

Peter hizo un gesto dubitativo.

—Tengo la misma impresión que Mich. Ese hombre está prácticamente muerto.

—Entonces, lo dejaremos aquí —decidió Marta.

No hablaron más de aquello. Dan estaba sin sentido, colgando de las cuerdas. Los tres recién llegados subieron al piso superior y volvieron a bajar llevando el cadáver de su padre, que habían envuelto en una sábana limpia.

Lo doblaron sobre uno de los caballos. Mich montó en otro y el tercero lo utilizaron conjuntamente Marta y Peter.

Poco después se habían alejado de allí, dejándolo todo en silencio.

Un silencio de muerte.

## CAPÍTULO II

Cuatro hombres galopaban a toda velocidad posible en dirección sur. Uno era el coronel Latimer, y los otros los soldados sudistas que habían ayudado a ahorcar a Johnson.

Llevaban varias horas galopando, y sus caballos empezaban a estar reventados. Lo peor era que aún les quedaban muchas millas por recorrer antes de llegar a su destino.

Latimer iba delante. Buscaba con los ojos un sitio tranquilo y oculto para poder acampar.

Al fin lo encontró. Era un pequeño valle poco visible desde las alturas y con árboles que podían ocultarlos.

—Allí —decidió—. Es un buen sitio para acampar.

—Empezaba ya a estar cansado —dijo Clark, uno de sus hombres—. Y los caballos no pueden más.

—Mañana seguiremos —decidió Latimer—. Nos quedarán dos días para alcanzar la frontera de México.

—¡Uf! ¡Menos mal que podemos estar un poco tranquilos!

En aquel momento, cuando uno de los fugitivos aún no había acabado de pronunciar la frase, se oyó un disparo.

La bala aulló largamente antes de clavarse en una roca, a poca distancia de los cuatro hombres. Éstos saltaron de los caballos inmediatamente, tratando de cobijarse.

Pero otra bala aullaba ya. Uno de los fugitivos lanzó un grito, mientras se llevaba ambas manos al pecho.

En éste había aparecido una espantosa mancha de sangre. El hombre se dobló sobre una roca. Los otros comprendieron que estaban completamente dominados por más de un rifle, y que sería inútil ofrecer resistencia. Fue el propio Latimer quien alzó los brazos.

Una voz retumbó a trescientas yardas:

—¡Acercaos!

Los tres individuos que estaban vivos aún, fueron aproximándose. Cinco tiradores les apuntaban desde las rocas. Latimer tuvo una brutal sorpresa al darse cuenta de que eran sudistas, es decir, pertenecientes a sus propias fuerzas.

—Pero ¿qué ocurre? —gritó—. ¿Por qué infiernos habéis disparado? ¿Es que no veis los uniformes?

El que mandaba la patrulla sudista era un teniente. Se cuadró ante Latimer.

—Lo siento, pero tendrá que enseñarme su documentación. Haga el favor de identificarse.

—¿Se está insubordinando?

—Hay espías nordistas disfrazados por esta zona. Tengo orden de disparar primero y preguntar después.

—El nerviosismo se ha apoderado ya de todos, ¿eh? —Gruñó Latimer—. Somos un ejército acorralado y vencido… ¡Infiernos, no es para tanto!

Introdujo la derecha en uno de los bolsillos de su guerrera y extrajo unos documentos, que tendió al teniente. Éste los examinó sin descuidar un detalle.

—Son auténticos. Le ruego que me perdone, coronel.

—¿Y el soldado muerto, qué? ¿Va a quedar esto así?

—Les hicimos un disparo de aviso y no obedecieron. Además, seguían la ruta de un grupo de espías disfrazados a los que estamos esperando. No hago más que cumplir órdenes, coronel.

—¡Pues a partir de ahora, las órdenes las voy a dar yo! ¡Entréguenos inmediatamente sus caballos! ¡Necesitamos realizar cuanto antes una misión importante, y los nuestros están reventados!

—Con mucho gusto —dijo el teniente—, pero antes tendrá que ver al general Bowden.

—¿Qué?

—El general quiere verle con urgencia. Precisamente le estaba buscando también, coronel.

Latimer palideció.

Todo aquello trastornaba sus planes, pero no tenía más remedio que resignarse. Si oponían resistencia, el teniente sospecharía lo que

quizá ya sospechaba en el fondo de sus pensamientos: que trataban de ganar la frontera de México.

El coronel intentó sonreír.

—Vaya… Es casualidad. Yo también quería ver al general Bowden. ¿Dónde está ahora?

—Tiene su cuartel general a cinco millas de aquí.

—Pues condúzcame a su presencia. Me ha ahorrado el trabajo de buscarle, amigo.

El teniente hizo que le acercaran un caballo y luego pidió otros para los hombres que acompañaban al coronel, que ahora eran solamente dos. Las fatigadas bestias que llevaban varias horas galopando se quedaron allí. A continuación, el oficial se cuadró.

—Haré enterrar al soldado —dijo—. A sus órdenes, mi coronel.

Latimer ahogó una maldición mientras se dejaba conducir por un ordenanza.

El general Bowden tenía en aquel momento un cuartel general que daba pena. Ya habían pasado los buenos tiempos en que solía instalarse en los mejores hoteles de las ciudades que visitaba con su Estado Mayor. Ahora tenía que conformarse con unas cuantas tiendas de campaña ocultas bajo los árboles. Sus hombres, mal uniformados y con barba de varios días, vigilaban desconfiadamente, porque sabían que el enemigo estaba cerca y podía cercarles.

Bowden indicó a Latimer que se sentase en una silla plegable de campaña. Quedaron los dos solos en la tienda. Bowden, que tenía unos sesenta años y una expresión cruel y astuta, preguntó:

—¿No huía, Latimer?

El coronel simuló indignación.

—¿Cómo puede creer eso?

—Por el sitio donde ha sido detenido, diríase que trataba de llegar hasta México.

—¡Qué tontería!

Bowden encendió un cigarro, sin invitar a su subordinado.

—Bueno, dejemos eso. ¿Qué ha sido de Johnson?

—No lo sé. No le he visto.

—Mis hombres estuvieron en la casa donde vivía —dijo lentamente Bowden, dejando caer las palabras una a una—. Encontraron solamente al dueño del edificio, aquel joven llamado

Dan, que le había dado hospitalidad. Por poco lo matan a latigazos.

Latimer tragó saliva.

—¿Quién?

—Según ha explicado, los hijos de Johnson. Dos hombres y una mujer muy bonita. Los tres estaban en el ejército nordista; una patrulla enemiga había llegado hasta allí. Luego la zona ha quedado como tierra de nadie, pero nosotros no pensamos defenderla.

—¿Y… Johnson?

—El mismo Dan nos lo explicó. Alguien le había ahorcado. Qué casualidad, ¿no es cierto?

Latimer entrelazó los dedos nerviosamente. Se daba cuenta de que el general jugaba con él al gato y al ratón. Sin duda, debía saberlo ya todo.

Resolvió, por eso, decir la verdad:

—Nosotros lo ahorcamos. Pensé que los nordistas estaban muy cerca y que no me quedaba otro remedio.

—¿Y los vales bancarios?

Latimer extrajo el rollo de papeles amarillos que había encontrado en el interior de una de las esculturas.

—Aquí están. Vales bancarios por valor de un millón de dólares.

Bowden los examinó. Estaban escritos en español, idioma que conocía lo suficiente para entender el significado de lo apuntado allí. Sencillamente, un consorcio bancario mexicano garantizaba la devolución de un millón de dólares oro, recibidos en depósito. Los documentos eran al portador, o sea que poseerlos equivalía a ser dueño, al menos teóricamente, de toda aquella fortuna.

Bowden no los guardó. Los depositó sobre la mesa.

—Johnson no era mala persona —explicó—. Al contrario, amaba a su país, y lo ayudaba con lo único que poseía: con dinero. Liquidó su banco e hizo un préstamo al Gobierno del Sur. Como el oro no estaba seguro en ningún sitio, se decidió a trasladarlo a México, con el fin de comprar armas y alimentos cuando fuese necesario. Desgraciadamente, ahora ya no hará falta comprar nada…

—La guerra está perdida, ¿no? —susurró Latimer, quien se iba tranquilizando poco a poco.

—Completamente perdida.

—¿Qué va a hacerse con ese dinero? Yo maté a Johnson para que no lo reclamase…

—¿Qué le hizo pensar que lo reclamaría?

—Era lógico, ¿no? Y podía perjudicar mucho a nuestro país. Una vez perdida la guerra, organizaremos guerrillas desde México y hará falta oro…

Bowden hizo un gesto de asentimiento.

De pronto, algo cambió en sus ojos. Hubo un brillo peligroso y hostil en ellos.

—Latimer —decidió—, voy a acusarle de alta traición.

El coronel palideció. Sus dientes entrechocaron.

—¿Es una broma, general?

—Es una realidad.

—¿En qué piensa fundamentar una acusación tan absurda? ¿En la muerte de Johnson?

—No, en eso, no. Le acuso de deserción.

—¡No podrá probarlo!

—Yo ejerzo control absoluto sobre esta zona —explicó calmosamente Bowden—. Aquí imperan las leyes de guerra, y, por consiguiente, puedo hacer ejecutar cualquier sentencia en el acto, en casos de deserción, espionaje y otros similares. Entrégueme su revólver, Latimer.

—¡No se atreverá a hacerme eso! ¡No podrá hacérmelo… a mí!

—Le digo que me entregue su revólver, Latimer.

—¿Cree que eso será tan sencillo? Si yo he de morir, alguien más me acompañará, general… ¡Usted!

Extrajo el revólver y fue a disparar, pero no se dio cuenta de que alguien estaba ya a su espalda. Uno de los hombres que custodiaban a Bowden, y que había levantado la culata del rifle sobre su cabeza.

El terrible impacto hizo que todo el cuerpo de Latimer fuera sacudido como por una explosión. Dio un extraño salto y luego cayó a tierra pesadamente. Un grueso hilo de sangre resbalaba de su cabeza hasta el suelo.

Bowden dirigió una sonrisa a su subordinado.

—Has estado muy oportuno, Jim. Has visto cómo ese hombre intentaba sacar su revólver contra mí, ¿verdad?

—Sí, mi general.

—Entonces, tú comparecerás como testigo en el consejo de guerra. Haz que venga la guardia y encierren a este tipo, y los dos hombres que le acompañaban, en la cueva que tenemos para los

prisioneros.

El centinela saludó. Poco más tarde, entraban en la tienda varios soldados, que se llevaron al exánime coronel. Sus dos acompañantes habían sido desarmados ya.

Bowden escribió una rápida orden para que se formase el consejo de guerra aquella misma noche. Determinó en la misma orden quiénes eran los hombres que debían formar el tribunal. Luego se la tendió a su ordenanza.

—Las sentencias deberán ser ejecutadas antes del amanecer —dijo—. Date prisa en avisar a los oficiales que deben formar el consejo.

Cuando el ordenanza hubo salido, él guardó en uno de los bolsillos los documentos extendidos por el consorcio bancario de México.

—Casi lo olvidaba… —murmuró.

# CAPÍTULO III

Las manos callosas, pero hábiles del indio, extendieron el aceite sobre la espalda de Dan. Era un aceite que los indígenas fabricaban con hierbas, con cenizas y con sangre de serpiente recién muerta. El mejunje tenía un olor y un aspecto capaces de desanimar a cualquiera, pero no cabía duda de que era eficaz.

Muy poco después de aquel masaje, Dan ya no sintió la espalda abrasada como hasta entonces. El dolor aún era fuerte, pero mucho más tolerable.

El indio le hizo una seña para que no cambiara de posición.

—Aceite entrar en heridas. Tú curar poco a poco.

—Si ha de ser muy poco a poco, la diño, muchacho.

—¿Doler mucho?

—Aquellos caimanes dejarme espalda deshecha —masculló Dan, imitando el lenguaje del indio.

—Veo que tú estar de mejor humor. Ya burlarte de mí.

—Sí, sí… Pues voy yo bueno para burlarme de la gente.

—¿Qué hacer tú ahora?

Dan medio se incorporó, a pesar de lo que antes le había dicho el indio.

—No voy a dejar las cosas así —murmuró—. Averiguaré quién mató a Johnson. Y aquellos tres buitres me pagarán lo que hicieron… ¡Juro que me lo pagarán!

—Ellos ser sus hijos. Estar nerviosos. Tú comprender.

—Más nervioso me pusieron a mí, diablos.

—Si a mí matar a mi padre, yo liquidar a cualquiera, en venganza.

—Tú di lo que quieras, muchacho, pero las cosas no van a acabar de este modo.

Volvió a tenderse de bruces en la cama, porque la espalda le dolía a cada movimiento.

El indio le miró fijamente, con esa impasibilidad propia de los de su raza.

—¿Tú estar decidido?

—Sí.

—¿Tú perseguir a dos hombres y mujer?

—Lo haré, apenas pueda ponerme una camisa sobre la espalda.

El indio se encogió de hombros. Por todo comentario dijo:

—Ujú.

Y se largó.

Volvió cinco minutos más tarde con unos pantalones tejanos color gris azul, una chaqueta de ante, un excelente sombrero gris, un pañuelo azul y un cinto canana con dos revólveres.

Dan le miró con recelo.

—¿Qué es eso?

—No decir tú que no conocer el equipo de Kent Dodge…

—Pero, muchacho… ¡eso es agua pasada!

—Tú guardar esas ropas y esos revólveres cuando decidir usar tu verdadero nombre. Cuando querer llamarte solamente Dan y vivir en esta casa.

—Claro, hombre, claro… Lo hice cuando resolví no volver a empuñar las armas.

—Tú ser entonces un buen pistolero. Tú estar reclamado en bastantes sitios, por desafío ilegal… Tú ser persona como debe ser.

—Hombre, tanto como eso…

—Yo enterrar los muertos que tú hacer.

Dan se pasó una mano por los ojos.

—Caray, tienes cada recuerdo…

—Entonces yo ser indio feliz.

—Tenías unos gustos muy especiales, muchacho.

—Yo hacer lo que antepasados gustar. Cazar animales y enterrar muertos.

—Pero reconocerás que aquí hemos vivido mejor… —sugirió Dan.

—Yo conocerte bien… Tú aquí estar rabiando. Pasar guerra en esta casa porque no querer líos. Porque no querer tropezar con *sheriff* que metiera en mazmorra a ti y a mí. Antepasados no gustar

mazmorras. Antepasados querer pradera libre y chicas estupendas.

—¡Como que eran tontos!

—Yo oír muchas veces voz que decir: «¡Vosotros estar viviendo como renacuajos!». Pero ahora guerra terminar o estar a punto. Tú necesitar buscar tres personas. Volver a ser Kent Dodge. Yo gustar otra vez a mis antepasados, que dejar de maldecirme en noches de luna.

Dan o Kent Dodge, pues sabía que iba a recobrar su antigua personalidad, sonrió con resignación. En el fondo, había estado deseando aquello durante años. Sólo necesitaba que alguien se lo dijese.

—¿Sabes tú por dónde huyeron aquellos tres hermanos? —preguntó.

—Yo buscar huellas. Yo adivinar mirando entrañas de pájaro recién muerto. Ellos ir al noroeste.

—No será demasiado difícil dar con ellos —murmuró Kent Dodge—. Desde luego, llaman la atención… Tengo una queja de ti.

—¿De mí?

—Te has llevado aquellas caretas de cera tan estupendas que había hecho Johnson. Aquella especie de rostros humanos.

—¿Tú acusarme de ladrón?

—Sé que aquellas máscaras te gustaban.

—Yo no haber tocado. Si yo robar, antepasados darme un puntapié en parte que sirve para que yo poder ser antepasado de otros.

Kent Dodge lanzó una carcajada.

A pesar del dolor de su espalda, empezaba a sentirse a gusto como en los buenos tiempos. Como en aquellos años en que vagabundeó por todo el Oeste, ejerciendo lo oficios más variados, luchando con cualquiera y enfrentándose a cualquiera… hasta que su padre le rogó que viniera a hacerse cargo de la vieja casa del Sur porque él se estaba muriendo y todo se hundía… Entonces, cuando Kent regresó, dio sepultura a su padre y empezó a organizarlo todo, estalló aquella maldita guerra…

El indio empezó a aplicarle hábilmente una segunda capa de aceite diabólico.

—Nosotros vivir varios años aburridos aquí… —dijo, como si él también repasara sus recuerdos—. Venir un día Johnson, ese

banquero con negocios en el norte, y vosotros haceros amigos… Tú dedicarte a pescar. ¡Buaf! ¡Vaya oficio! Convertirte en un hombre pacífico… Por las noches, tocar la armónica para distraer a las moscas… Hasta que venir tres forasteros a repasarte las espaldas… Quizá eso ser lo que tú necesitar, Kent… Alguien para recordarte que tú, en otro tiempo, ser un hombre de verdad, digno de que antepasados no volvieran la cara al verte.

Kent se puso en pie. La verdad era que empezaba a sentirse mejor después de aquella nueva fricción de aceite.

—De modo que eso se hace con hierbas y sangre de serpiente… ¡Vaya, vaya! ¿Y qué hacías con las serpientes, una vez les habías extraído la sangre?

—Yo servirte a ti diciendo ser pescado fino. Tú comer… Eso dar fuerza. Entrar ganas de tener cien hijos.

Kent abrió mucho la boca.

—De modo que… que…

Y se dejó caer en la cama, de espaldas, a punto de sacar fuera hasta la primera papilla.

Ya ni siquiera se acordaba del dolor de su espalda.

# CAPÍTULO IV

La granada estalló de repente.

Ninguno de los hombres que formaban el pequeño campamento había imaginado que la artillería nordista estuviera emplazada tan cerca. Inmediatamente un verdadero infierno pareció desplomarse sobre el lugar donde el general Bowden tenía instalado su puesto de mando.

Los hombres corrían alocadamente en todas direcciones, no sabiendo cómo defenderse contra aquellas balas mortíferas que llegaban aullando en tiro indirecto, por encima de las colinas. Bowden ordenó que todo el mundo se diseminase.

Para colmo, en aquel momento se oyó el aullido salvaje de la caballería que se lanzaba a la carga. Los jinetes nordistas habían tomado posiciones detrás de las colinas, permaneciendo invisibles, después de que algunos indios de los que estaban a su servicio hubieran degollado a los centinelas sudistas durante la noche. La sorpresa había sido tan completa y total, que Bowden no sabía cómo defenderse. Con la destrucción de su puesto de mando, todo un cuerpo del ejército quedaría abandonado a su suerte, haciendo aún más infernal la confusión en las filas sudistas.

Empezaba a amanecer.

Los gritos, los ayes de los heridos, las órdenes dadas a toda prisa, componían una mezcolanza espantosa.

Una de las granadas estalló junto a la cueva donde Latimer y sus dos hombres estaban prisioneros. Los tres centinelas que los custodiaban saltaron por los aires.

Latimer, que había sido condenado a muerte la medianoche anterior, y que esperaba ser ejecutado de un momento a otro, comprendió que la salvación acababa de llegar de repente.

Tenía que jugárselo todo a una carta. Como fuese… ¡tenía que huir de allí!

Hizo una seña a sus dos compinches. Salieron a toda prisa, pasando por encima de los cadáveres de los centinelas.

Bowden, que temía pudiera ocurrir aquello, estaba corriendo ya hacia la cueva. Lanzó un grito de rabia al ver que los prisioneros huían.

Rápidamente, hizo varios disparos con su revólver, hasta agotar las municiones. Pero estaba demasiado nervioso y sólo consiguió matar a uno de los fugitivos, hiriendo ligeramente al otro, que consiguió huir junto con Latimer.

Bowden lanzó una maldición, mientras trataba de recargar febrilmente su revólver.

Ni eso tuvo tiempo de hacer. En aquel momento vio que la Caballería nordista irrumpía ya en el campamento.

Los defensores de éste se rendían sin oponer resistencia. Sabían que ya todo estaba perdido. El mismo general Bowden, en la imposibilidad de huir, alzó también los brazos.

Los nordistas los desarmaron y los concentraron bajo vigilancia en un sector del campamento. Al general Bowden, debido a su rango, se le permitió seguir usando su tienda de campaña, pero desarmado y en calidad de prisionero.

Poco después, llegó el general nordista. A Bowden le extrañó que viniera en un carruaje, en lugar de usar un caballo como todos los militares de graduación.

Pero pronto comprendió la causa. El general nordista era cojo. Su pierna izquierda iba correctamente uniformada, pero la derecha era de palo. Los pantalones de reglamento la cubrían casi grotescamente. El general se apoyaba en una muleta y se acariciaba de vez en cuando, nerviosamente, su espesa barba negra.

Entró en la tienda y pidió a los ordenanzas que le dejaran sólo con Bowden. Luego miró a éste de soslayo.

—Soy el general Barton —se presentó—. Usted es Bowden, ¿no?

—Exacto. Y al mismo tiempo soy su prisionero.

—Olvide eso ahora.

—Gracias, general.

Barton le invitó a fumar. Luego volvió a acariciarse otra vez la barba.

—Quizá no le haya dicho que pertenezco a los servicios de información del ejército —gruñó.

—No, no me lo ha dicho.

—Ello me ha permitido conocer muchas cosas —murmuró Barton—. Muchas cosas que solamente sé yo… Por ejemplo, vigilé atentamente todas las idas y venidas del banquero Johnson. Supe qué era lo que había depositado en México.

Bowden se alarmó. Intentó disimular el brusco temblor que le había acometido.

—No sé quién era Johnson —balbució.

—No, ¿eh? Bueno, hombre, bueno… —El general Barton se acarició de nuevo su barba—. También he sabido que Latimer evitó toda clase de preocupaciones a ese tal Johnson… y que luego usted lo hizo prisionero. ¿Dónde está Latimer?

—Ha… logrado huir. Ustedes lo han hecho posible, con su ataque. De lo contrario, ya habría sido pasado por las armas.

—Muy bien, hombre, muy bien… ¿Y qué se hizo de lo que Latimer arrebató a Johnson?

—No sé… de qué me habla.

Bowden estaba temblando de tal modo que ahora ya no podía disimularlo. Estaba viviendo al revés la situación que antes se produjo con Latimer. Ahora era Barton el que jugaba al gato y al ratón con él. Adivinó que sería inútil mentir, y un sudor helado empezó a bañarle sus facciones.

Barton se acarició la barba con una burlona sonrisa.

—Vamos, amigo mío, vamos… Comprenderá que esos fondos depositados en México, y que equivalen a un millón de dólares, en oro, pertenecen ahora al gobierno vencedor. No me he molestado en averiguar tantas cosas para ahora echarme atrás. Ordenaré que le registren hasta en las suelas de las botas, y si aparece lo que creo que usted lleva encima, general, ya no estará protegido por las leyes de guerra. Le acusaré de haber pretendido robar un millón de dólares… y, naturalmente, la sentencia inapelable será una sola: muerte.

Bowden apretó los labios con angustia. Sabía que su vencedor tenía razón. Podía hacer lo que decía y hasta más… ¡Y él tenía los documentos comprometedores en el bolsillo de la guerrera, donde podían ser encontrados en menos de un minuto!

Barton adivinó sus pensamientos. Decidió hacerle una oferta que en aquellas circunstancias era tentadora:

—Le dejaré en libertad si me entrega eso, Bowden. Absoluta libertad. ¡Ah! Y puede que ponga en el informe que usted me entregó eso voluntariamente. El gobierno no dejará de tenerlo en cuenta para cuando llegue el momento de repartir recompensas.

Bowden decidió rendirse. Puso los documentos sobre la mesa.

—Aquí los tiene. Confío en usted.

—Menos mal que ha entrado en terreno razonable… Saldrá ganando.

—Le advierto que hay un peligro: los tres hijos de Johnson. Parece que quieren vengar a su padre, y de paso recuperar un dinero que legalmente es suyo.

—También sabía eso —dijo Barton cansinamente—. Yo estoy enterado de todo, amigo mío… A mi manera, soy un excelente funcionario. Pero ya contaba con ello, y por eso he usado un procedimiento que nunca falla. Esos tres hermanos han sido declarados fuera de la ley.

Bowden parpadeó.

—¿Y en qué se funda?

—En que son sospechosos de haber asesinado a su propio padre. De ese modo le libro a usted, Bowden. ¿No lo comprende?

El sudista sonrió. Se daba cuenta de que estaba ante un enemigo implacable, pero sobre todo listo, muy listo… Junto a él podría hacer muchas cosas. Grandes y estupendas cosas, si se ponían de acuerdo.

—Creo que ha sido una suerte conocernos —murmuró—. No nos arrepentiremos ninguno de los dos.

Barton se encogió de hombros con un gesto de desaliento.

—Por desgracia, la herida que sufrí en el primer año de la guerra, me ha perjudicado muchísimo… Solamente puedo moverme en carruaje, porque se terminó ir a pie o a caballo… Vea mi pierna derecha. Fíjese: una simple pata de palo terminada en una punta de metal.

La apoyó familiarmente en las rodillas de Bowden, que estaba sentado frente a él. Éste se dio cuenta de que lo peor había pasado, que aquel hombre y él eran ya realmente unos cómplices.

Puso una mano sobre aquella pieza de madera.

—No se preocupe, general. ¿Para qué necesita andar un hombre que tiene cerebro?

Barton dijo cansadamente:

—Sí… El cerebro es lo principal, amigo mío.

Llevó una mano a su rodilla y apretó algo. En aquel momento Bowden lanzó un espantoso grito de agonía.

De la pieza metálica en que terminaba la pata de palo de Barton, acababa de surgir una larga y aguda pieza de metal. Un puñal disparado de una catapulta y la velocidad de una lengua de serpiente. Aquella hoja de acero se clavó hasta el fondo en las entrañas de Bowden. Éste se llevó las manos al vientre de donde surgía un chorro de sangre. La lengua de acero se ocultó y volvió a surgir, penetrando algo más arriba, en el corazón de Bowden.

Éste emitió un leve grito y cayó de costado, quedando desplomado en tierra.

La hoja de acero volvió a ocultarse en el interior de la pata de palo que le servía de funda.

Un ordenanza entró.

—Llévatelo —dijo Barton—. Tienes que explicar a todo el mundo que se ha suicidado. Explícalo, sobre todo, a los soldados sudistas prisioneros. Yo firmaré el certificado de defunción.

El ordenanza sonrió.

Conocía muy bien a Barton, y estaba seguro de que obedeciéndole ciegamente, obtendría beneficios. Barton, un auténtico pájaro de cuenta, sabía ser también generoso con aquellos que le ayudaban.

—Lo haré, señor.

—Y ahora, reforzad la vigilancia.

—Bien, señor.

Cuando el ordenanza se llevó a rastras al general sudista muerto, Barton miró los documentos amarillos que estaban sobre la mesa.

—Casi los olvidaba —dijo, guardándolos.

Ignoraba que algo muy parecido había dicho Bowden, después de condenar a muerte a Latimer.

Bowden, que ahora ya no era más que un sucio cadáver tostándose al sol que empezaba a quemar las cimas de las montañas.

* * *

Desde las rocas de una de las cúspides, a cierta altura sobre el campamento, tres personas estaban examinándolo todo, con la ayuda de un catalejo.

Eran dos hombres y una mujer. Los tres usaban uniformes nordistas, pero no pensaban llegar al campamento, a pesar de haber sido éste ocupado por sus propias fuerzas.

Ni un pelo se fiaban de lo que estaba ocurriendo allí.

Habían visto entrar a Barton en una tienda, y sabían que Barton era un pájaro de cuenta. Habían visto luego entrar y salir a Bowden. Un Bowden que ya no volvería a desear hacerse rico.

Marta devolvió el catalejo a su hermano Peter. Éste miró también, y luego se lo pasó a Mich.

—¿Qué idea tenéis de lo ocurrido? —musitó.

—Yo creo que las cosas han sucedido del siguiente modo —dijo calmosamente Mich—. Latimer y tres burros mataron a papá. Estoy convencido de que el hombre a quien golpeamos era inocente; después de marchar de la casa, he ido atando cabos. Latimer debió llevarse los resguardos bancarios de que no había hablado papá en una de sus cartas. Aquello representaba toda su fortuna.

Marta asintió.

—Sigue —dijo.

—El dinero depositado en México era un secreto, pero no absoluto —siguió Mich—. En el Sur debía conocerlo gente como Bowden, y en el Norte, gente como Barton. Una tentación demasiado fuerte para quien no tenía más que trasladarse a México, después de apoderarse de esos documentos… Sin duda, Bowden los consiguió, y ahora debe tenerlos Barton.

Marta cerró un momento los ojos.

—Siento lo que hicimos con aquel hombre… —musitó—. ¿Recordáis cómo se llamaba?

—Dan.

—Si alguna vez lo encuentro, le pediré perdón —musitó Marta —, o haré cualquier cosa por él. Claro que ya no volveremos a vernos nunca.

—No es eso lo que me preocupa —dijo Peter—, aunque lamento lo sucedido tanto como tú. La cuestión es otra: ¿cómo recuperaremos esos documentos? ¿De qué modo

desenmascararemos a Barton? ¿Haciendo una denuncia ante las autoridades?

—Sería ridículo —murmuró Marta.

—Desde luego, porque no tenemos la menor prueba de que él posea esos documentos. Lo que sabemos lo hemos averiguado siguiendo las huellas de cuatro hombres fugitivos, de los que nos hablaron al salir de la casa. Pero no hay ninguna prueba de la intervención de Barton, eso es cierto… ¿Qué podemos hacer?

El que acababa de hablar era Mich. Peter se encogió de hombros.

—No podemos luchar contra un bandido que lleva entorchados de general y siempre va rodeado por mil hombres.

—Pero lo intentaremos —susurró Marta—. Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Papá trabajaba con barro y también con cera. La modelaba de un modo maravilloso cuando ésta se hallaba caliente. Sus máscaras eran una auténtica obra maestra. Por eso me las llevé. Tres máscaras iguales son todo el recuerdo que nos queda de él. Pero ahora vamos a utilizarlas.

—¿De qué modo?

—Necesitamos ropas anchas, ropas que no dejen traslucir, si el que las lleva es un hombre o una mujer.

—Podemos procurarnos tres trajes iguales, del mismo modo que tenemos tres máscaras —decidió.

—¿Y qué piensas hacer con todo eso?

—Ya lo veréis… —susurró Marta—. Lo veréis esta misma noche…

# CAPÍTULO V

En las ciudades recién conquistadas del Sur, lo mismo que en los pequeños pueblos, los vencedores tuvieron rienda suelta durante los primeros días. No robaron, asesinaron ni violaron, pero pudieron emborracharse a modo y procurarse los favores de una bailarina, si tenían con qué pagarlos.

Los saloons registraron más animación en aquellos días —y sobre todo en aquellas noches— que en los peores tiempos del rush del oro en la lejana California. Hubo borracheras, jaleos, broncas, tiros, desafíos… Muchos que habían logrado salvar la piel en la guerra, la perdieron luego en una vulgar pelea de taberna.

El general Barton, que tenía buenos motivos para sentirse satisfecho, se hizo conducir en su carruaje a la población más cercana. Era un lugar, antes tranquilo y pacífico, llamado Devons. Barton subió trabajosamente hasta un reservado del mejor saloon y manifestó su deseo de ver urgentemente a la bailarina más hermosa que pudieran encontrar.

Ésta era una muchacha de unos dieciocho años, rubia y asustada. No sabía lo que le iba a ocurrir. El general la hizo sentar sobre sus rodillas y la invitó a champaña, mientras la besaba ansiosamente en la garganta.

Hacía años que no tenía entre los brazos a una mujer tan bonita.

—Dentro de muy pocos días voy a hacer un viaje a México —dijo Barton—. ¿Por qué no me acompañas? Tú no lograrás nada aquí, salvo distraer a la soldadesca y ganar unos pocos dólares. Una chica tan bonita como tú merece cosas mejores.

La bailarina se dejaba besar, mientras temblaban sus párpados.

—¿México? —farfulló.

—Es un hermoso país, y además… Bueno, allí tengo algo que

ganar. Pero no hay prisa, ¿eh? Hablaremos de ello esta noche… Toda la noche.

Le dio una fuerte palmada en las nalgas para que la chica se pusiera en pie.

—¿Dónde está tu dormitorio? Porque supongo que vives aquí.

—Muy cerca… En la puerta de al lado.

—Espérame allí —pidió Barton—. Yo indicaré a mis hombres cómo deben montar la guardia. Estaré contigo dentro de diez minutos.

La bailarina se alejó balanceando las caderas y dirigiéndole desde la puerta una prometedora sonrisa.

Barton encendió un cigarro y se prometió a sí mismo pasar una de las mejores noches de su vida. Luego, caminando pesadamente, salió al pasillo y llamó a su ordenanza, que montaba guardia junto a las escaleras. Abajo, en el saloon, se escuchaba un tumulto atroz. Al menos, había allí doscientos soldados borrachos.

—Tienes que evitar que alguien suba aquí —ordenó Barton—. No quiero que me molesten, ¿entendido? ¡Nadie! Pon un par de soldados en las escaleras.

—Sí, general.

Barton, apoyándose en su muleta y en su pierna sana, avanzó hacia la puerta del dormitorio de la chica.

La empujó y cerró a su espalda. Vio que la muchacha estaba sobre la cama, y además con las ropas algo desordenadas.

Barton sonrió.

—Eres una picaruela… —dijo lentamente—. ¿Es que quieres volverme loco? ¿Qué? ¿Has pensado ya en el viajecito a México?

Ella no contestó.

Entonces se dio cuenta Barton, con absoluto pasmo de que la muchacha tenía los ojos abiertos, pero se hallaba espantosamente quieta. No estaba muerta, porque respiraba, pero sin duda había perdido el sentido. Debían haberle dado un terrible golpe en la nuca.

Barton sintió frío en la espalda. Un frío horrible que llegaba hasta lo más hondo… Y, de repente, vio aquello.

Era una figura vestida de negro, con ropas muy anchas. ¿Hombre, mujer? ¿Grueso, delgado? Eso era imposible saberlo. Pero lo que realmente llamaba la atención en aquella figura era la cara,

una cara espantosamente rígida, inhumana, carente de toda expresión. Barton no pudo imaginar que se trataba de una máscara de cera. Sólo sintió miedo, que estaba por encima de sus sentidos, que le impedía moverse.

Miraba el revólver que le apuntaba a los ojos.

—¿Quién es usted? —balbució.

—Eso no importa ahora. Sólo quiero que me diga dónde está lo que le arrebató a Bowden.

—Usted… bromea.

—Voy a contar hasta tres, general. Es una cuenta muy breve y muy sencilla. Sólo hasta tres. A continuación, dispararé si no ha soltado antes esos documentos amarillos.

Barton jadeó:

—No sé de qué me habla…

—No, ¿eh? Uno…

—Le juro que…

—Dos…

Barton alzó poco a poco la pata de palo en que se había convertido su pierna derecha, hasta colocarla a menos de media yarda del vientre de su extraño enemigo.

—Mire… No soy más que un cojo…

—¡Tres!

Era evidente que el desconocido iba a disparar. Barton se tocó la rodilla. El otro no desconfiaba de aquella inocente pata de palo.

Y, de pronto, brotó la lengua de acero. Brotó en silencio, y con una rapidez increíble, disparada por un muelle. El hombre de la máscara logró echarse hacia atrás, con una gran rapidez de reflejos, y consiguió evitar la mortal cuchillada, pero en cambio chocó con una butaca que estaba a su espalda. Cayó hacia atrás, dando una vuelta completa de campana, mientras soltaba el revólver.

Barton no perdió un segundo.

Apoyándose con una mano en la pared, con la otra levantó su muleta. Dio tres rápidos golpes sobre la cabeza de su adversario, hasta dejarlo sin sentido.

Mientras tanto, la cuchilla se había ocultado ya. La puerta se abrió de repente.

El ordenanza lo miró todo con ojos desencajados.

—¿Qué ocurre, general?

—Este tipo ha intentado matarme.

El ordenanza se inclinó sobre el caído y le quitó con cuidado la máscara de cera que cubría sus facciones. Apareció bajo ella el rostro de Mich.

—¡Qué maravillosa pieza! —susurró—. ¡Y qué final! Una obra de arte… ¿Qué hago con el pájaro, general? ¿Lo mato aquí mismo?

—No —susurró Barton—. Conviene obrar con serenidad… Ya habrá comentarios por lo del general Bowden, de modo que ahora quiero obrar con la legalidad más absoluta. En esta población hay un juez, ¿no?

—Desde luego.

—Pues que sea entregado al juez. Yo me presentaré como denunciante. Todo se desarrollará con la máxima legalidad, pero desde luego lo ahorcarán igualmente.

El ordenanza salió al pasillo y llamó a los dos soldados que le ayudaban en la guardia. Unos instantes después, Mich estaba atado de pies a cabeza.

El ayudante de Barton se quedó la máscara.

# CAPÍTULO VI

La pequeña sala del juzgado estaba llena hasta los topes. Barton, que ya lo tenía todo preparado para su inmediato viaje a México, se acercó al estrado.

—¿Es éste el hombre que le atacó? —preguntó el juez, señalando al acusado.

—En efecto.

—¿Sin ninguna duda?

—Sin ninguna duda.

Se extendió un rumor por la sala. En ésta había gente de la más diversa condición, desde soldados hasta labriegos, pasando por algunos comerciantes y forasteros bien vestidos. Uno de ellos era un tipo con tejanos, chaqueta de piel y sombrero gris, que llevaba dos revólveres. Junto a él se sentaba un indio.

—Varios días persiguiendo al tipo que me vapuleó y resulta que lo encuentro aquí… —susurró Kent Dodge—. Quería vengarme, pero me parece que no voy a llegar a tiempo. Seguro que a ese fulano lo condenan a muerte.

—Pronto irá a reunirse con sus honorables antepasados —susurró el indio.

Y añadió, poniendo los ojos en blanco:

—Tiene suerte…

—¿Quieres callarte, muchacho? Cada vez que hablas de reunirte con tus antepasados, me das dolor de estómago…

En aquel momento, el juez preguntaba a Barton:

—¿No ha dicho en su denuncia que llevaba una máscara?

—Sí. Una magnífica máscara de cera. Una obra de arte.

—Entonces, puede que se tratase de otra persona…

Barton lanzó una carcajada.

—Una persona que ahora se encuentra en libertad, ¿no? Je, je… ¿Por qué dice esas tonterías, juez?

En aquel momento se abrió violentamente la puerta central de la sala. Un ayudante del *sheriff*, demudado y sudoroso, se tambaleó en el umbral.

—¡Juez! ¡Oiga, juez, maldita sea! Han matado a uno de los ayudantes del general.

Barton se volvió, absorto. No podía creer aquello. Pero su asombro creció de punto cuando el alguacil masculló:

—¡Lo ha hecho alguien que llevaba una máscara! Ropas anchas y una máscara de cera.

El juez murmuró:

—¿Es eso cierto, Evans?

—¡Lo he visto yo mismo!

—¿Y la máscara también?

—¡Claro que sí! ¿Cree que soy idiota?

—Eso significa que el hombre que le atacó aún está en libertad, general —decidió el juez—. Nadie puede condenar al acusado, existiendo una duda tan concreta. Usted debió equivocarse, y por tanto decreto que este hombre sea puesto en libertad.

Dio un golpe de maza sobre la mesa. Miró al presidente del jurado que había sido informado a toda prisa.

Éste asintió, después de mirar a su vez a sus compañeros.

—Inocente —dijo.

—Ya ha oído al jurado —masculló el juez—. Inocente. De modo que el asunto ha concluido, general.

Barton estaba estupefacto.

Era la primera vez que consentía la intervención del juez civil, y ya se arrepentía de haberlo hecho. ¡Él hubiera arreglado el asunto mucho antes! Fue a protestar y a dar puñetazos sobre la mesa, pero ya el juez se estaba retirando. El tumulto, en la sala, era impresionante. Todo el mundo quería salir al mismo tiempo y enterarse de lo sucedido, viendo el cadáver con sus propios ojos.

Mich, a quien acababan de soltar sus guardianes, corría hacia la puerta también. Casi no podía creerlo.

Kent Dodge dio un codazo al indio.

—Me parece que te has equivocado, muchacho. Los antepasados de ése tendrán que esperar…

—Hay tiempo —dijo el indio reflexivamente—. Los antepasados nunca se cansan… Todos nos reunimos con ellos, tarde o temprano.

—Pues también tiene gracia… —susurró Kent.

Otra vez volvía a dolerle el estómago.

* * *

Peter y Marta esperaban a Mich en un cruce de caminos, junto a unos altos arbustos que los ocultaban por completo. Habían quedado citados allí para caso de que Mich consiguiera librarse. El joven lanzó un grito de alegría al ver a sus hermanos.

—He sido absuelto —gritó—. Aún no comprendo… ¡Aún no comprendo cómo ha podido suceder!

—Formaba parte de mi plan —dijo Marta—. Estaba segura de que eso ocurriría.

—¿Quieres decir que… mataste tú a ese ayudante de Barton?

—En efecto, pero lo hice cara a cara, y procurando que hubiese algún testigo. De ese modo creerían todos que el general se había equivocado y que el hombre de la máscara era otro.

Mich farfulló:

—Por eso encargaste tres trajes iguales y decidiste emplear las tres máscaras, ¿verdad?

—Exacto. Somos tres, pero la gente llegará a creer que somos solamente uno. Toma. Por cierto, él tenía tu máscara; se la quité.

Indicó a Mich que montara a caballo, y mientras se alejaban al trote, le explicó:

—Ahora hay que obrar de muy distinto modo. No hay duda de que el general Barton tiene esos documentos, pero nuestro primer plan fracasó. Tú has salvado la vida, Mich, pero estamos como antes de empezar. Habrá que atacar a Barton otra vez… y ahora de un modo distinto.

—¿Cuál es tu plan?

—Nos separaremos y no volveremos a encontrarnos hasta dentro de una semana. Aquí mismo.

—¿Con qué objeto?

—Conviene que no nos vean juntos. Que nadie sepa que somos tres… Atacaremos al general por separado; yo seré la primera.

—¿Quieres decir que te las entenderás tú sola con ese buitre?

—Una mujer puede tender trampas más fácilmente. Yo

recuperaré esos documentos.

—¿Cuál será nuestro papel? —preguntó Peter.

—Si oís que el general sigue vivo después de mañana, atacarás tú, Peter. Por último, tú, Mich. Siempre con el traje amplio y la máscara, para que parezcamos la misma persona. Uno de los tres ha de triunfar.

—¿Y por qué no hemos de vernos?

—Para evitar peligros innecesarios. Es de suponer que el general Barton también se pondrá en movimiento. Si el muy maldito da con la pista de uno de nosotros, descubrirá también a los otros, en el caso de que nos reunamos. Permaneciendo separados, eso será casi imposible.

—Entonces… —susurró Peter—, ¿aquí mismo dentro de una semana?

—Dentro de una semana justa —decidió Marta—. Y ahora vamos a separarnos de una vez. No conviene perder un minuto.

## CAPÍTULO VII

El hombre a quien Barton tenía delante era un individuo muy conocido en todo el sudoeste. Le llamaban El Caballero por lo bien vestido que siempre iba, pero la verdad era que de caballero no tenía más que el nombre. Su negocio resultaba muy especial: explotaba bailarinas, tenía instalados garitos en varias ciudades, realizaba contrabando a través de la frontera y compraba saloons muy baratos después de asesinar o vapulear a sus dueños.

Por aquello de «Dios los cría y ellos se juntan…». El Caballero había oído hablar del general Barton, como el general Barton había oído hablar del El Caballero.

Y ahora sostenían una interesante conversación de negocios en una reservadísima habitación del mejor saloon de la ciudad.

—Le ha llamado porque quiero hacer un viaje —explicaba en aquel momento Barton—. Un viaje a México en plan muy confidencial. No tengo permiso de mis superiores para trasladarme, y, en consecuencia, habré de hacerlo en secreto. Necesito que alguien me acompañe por lugares bien seguros y a resguardo de las miradas ajenas. Me entiende, ¿verdad?

El Caballero asintió con una sonrisa.

—Usted necesita un hombre como yo. O como mi lugarteniente Simpson. Podría hacer pasar un regimiento de la frontera, en pleno día y sin que nadie lo notase.

—Quiero que me ponga en contacto con él —decidió Barton.

—¿Y a cambio de eso…? —sugirió el otro.

—No le daré dinero. No, yo nunca doy dinero —dijo el general —. Pero le dejaré las manos libres para que se adueñe de este saloon. He oído decir que le interesa.

—Cierto, pero la dueña, Carol, es una mujer difícil. No quiere

vender de ningún modo.

—Éste es un local de gran porvenir… —elogió Barton—. Habrá tropa acuartelada durante mucho tiempo, y los soldados gastan a manos llenas… Bueno, amigo, usted puede hacer lo que quiera con Carol. Yo le garantizo la más absoluta impunidad. A cambio de eso, haga que su lugarteniente me lleve a México…

El Caballero sonrió.

—El trato es de lo más razonable, general. Acepto.

—¿Y… puede saberse qué es lo que piensa hacer con Carol?

—La duda ofende… —dijo El Caballero suavemente—. Matarla…

* * *

Sobre la ciudad habían caído ya las sombras de la noche.

Por todas partes se oían gritos, cánticos, imprecaciones… Los soldados del Norte, que durante meses habían combatido como fieras, podían ahora celebrar la victoria y gastar todas las pagas acumuladas a lo largo de aquellos meses. Sus oficiales hacían la vista gorda si veían a uno de sus hombres abrazado a una bailarina o, lo que era aún peor, abrazado a un barril de *whisky*.

Daba la sensación de que allí todo el mundo se divertía. De que allí nadie pensaba en el mañana…, ni en el ayer.

Pero la sensación era muy falsa. Porque sí que había allí personas que pensaban en el ayer y en el futuro, como por ejemplo el general Barton. O como aquella sombra que se deslizaba por lugares más oscuros, pegada a las fachadas de las casas.

Era una figura muy extraña.

Ropas negras y anchas, que no dejaban insinuar ningún relieve. Y una máscara rígida, helada, inhumana, cubriendo las facciones.

Daba escalofríos verla.

Nadie hubiera podido sospechar que detrás de aquellas ropas y aquella máscara palpitaba y vivía una mujer bonita.

Un hombre la veía avanzar.

Ese hombre era Peter, uno de sus hermanos. Peter confiaba ciegamente en Marta, pero deseaba protegerla. Sin que ella le viese, sin que lo supiera, la seguía a distancia, por si algo fallaba.

Marta se aproximaba poco a poco a la parte trasera del hotel donde vivía el general Barton.

Sabía hasta qué ventana tenía que izarse. Y estaba completamente segura de poder cazarlo por sorpresa.

De repente, la muchacha oyó un disparo cercano y un grito de agonía.

Se detuvo, respirando anhelantemente. Estaba como paralizada. Notó que algunas ventanas se abrían y que rostros expectantes aparecían por ellas, preguntando qué había sucedido.

Marta comprendió que así no podría atrapar al general por sorpresa. A causa de aquella condenada casualidad del disparo y el grito, todo su plan había fracasado, de momento.

Se escabulló entre las sombras con toda la rapidez de que fue capaz, sin ser vista.

Marta ignoraba, en aquel momento, que aquel disparo y el grito de agonía tenían mucho que ver con ella.

No podía ni imaginarlo siquiera.

* * *

Peter estaba medio agazapado entre las sombras del callejón, vigilando el avance de Marta, sin darse cuenta de que alguien, a su vez, le vigilaba a él.

Eran dos hombres.

Muchos sudistas fugitivos hubieran reconocido en aquellos dos individuos al antaño orgulloso coronel Latimer y a uno de sus ayudantes más fieles. Sólo que ahora no llevaban uniformes sudistas, insignias ni entorchados, sino tan sólo unas ropas robadas.

Habían vivido como perros durante algunos días, buscando escabullirse. Pero cuando se sintieron un poco más seguros, decidieron pasar a la ofensiva. No resultaba difícil saber dónde se encontraba el general Barton, el que había matado a Bowden y se había apoderado de aquellos documentos que significaban un millón de dólares en oro. De modo que decidieron hacerle una visita.

Iban acercándose ya al hotel donde se alojaba el general, cuando de repente vieron a alguien que parecía estar acechando.

Latimer se detuvo.

—Oye… ¿No es ése uno de los hijos de Johnson?

—Juraría que sí…

—Puede que nos busque a nosotros…

—O que busque al general Barton. En todo caso, es alguien que está estorbando.

Latimer acarició la culata de su revólver.

—Lo siento, muchacho…

Estaba seguro de que nadie le veía. Apuntó cuidadosamente y disparó por la espalda.

Peter lanzó un grito de agonía, mientras caía de bruces. Fue ésa su última manifestación de vida. La bala le había atravesado el corazón, y cuando su cara se empotró en el polvo de la calle, estaba ya muerto.

Latimer sonrió.

—Uno menos…

—Eso es lo mismo que pensaba yo —dijo una voz a su espalda —. Uno menos. Pensaba eso mirándole a usted.

Latimer se volvió con la velocidad del rayo. Aún tenía el revólver en la derecha. Lanzó un gruñido al ver quién era el que le estaba apuntando ya.

Se trataba de un individuo alto, fuerte, con un rebelde mechón rubio asomando bajo su sombrero. Junto a él estaba un indio vestido a la manera de los occidentales, pero indio, al fin.

Latimer susurró:

—¿Quién es usted…?

—Yo era un buen amigo de Johnson.

—¿Johnson? No sé de quién me habla…

—No, ¿verdad? Y es que la gente tiene tan mala memoria… Está bien, le explicaré que Johnson era un banquero con negocios en el Norte, pero nacido en el Sur y buen amante de esta tierra. De modo que, al principio de las hostilidades, vino a territorio de la Confederación, prestó dinero al Gobierno y, por uno de esos azares de la vida, se presentó en mi casa, que era un lugar tranquilo… Yo sólo quería pescar, ¿sabe? Y él, hacer figuras de cera y de barro. Era un verdadero artista… ¿Sigue sin recordarle nada?

—Nada… nada.

—Yo le llamaba «millonario».

—No sé de qué me habla… ¡Déjeme en paz!

—Sí, amigo. Le voy a dejar con una paz… eterna.

Latimer crispó todo el cuerpo, mientras trataba de disparar. Al fin y al cabo, no había ventaja para ninguno de los dos, puesto que

ambos llevaban los revólveres en las manos. Pero Kent Dodge, un pistolero demasiado experto, fue el más rápido. Cuando Latimer llegó a disparar, inútilmente y al suelo, ya tenía el corazón atravesado. Y ya una segunda bala iba al encuentro de la cabeza de su ayudante.

Éste no exhaló ni un solo gemido. Sólo sintió un golpe en la frente y cayó hacia atrás. Latimer se retorcía aún en el suelo, pero aquello duró sólo unos instantes.

El indio suspiró:

—Han ido a reunirse con sus antepasados… Felices de ellos.

—¿No se te ocurre nada más alegre, muchacho?

—Yo registrar antes de que llegue gente —decidió el indio—. Si llevar oro, se lo quitaré para hacerles un favor. Así no llevarán tanto peso durante el Gran Viaje.

—¿Sabes que para ser indio eres más espabilado que muchos blancos, muchacho?

—Mis antepasados enseñar grandes cosas.

—Ya vas tú bueno con tus antepasados… Hala, regístralos. Pero date prisa.

El indio se movió con insospechada rapidez. Pronto llegó, sin embargo, a la desconsoladora conclusión de que ninguno de los dos muertos llevaba dinero.

—Mira el otro. Tiene una gran bolsa a la espalda —indicó Dodge, que vigilaba atentamente, por si se acercaba alguien.

El indio obedeció. Pero de la bolsa no sacó más que un extraño traje negro y una maravillosa máscara de cera.

—Eso es todo… —farfulló.

Kent Dodge se acercó al cuerpo de Peter. Lo levantó para mirarlo de cerca.

—Juraría que… Diablos, estoy seguro.

—¿Tú conocer?

—Fue uno de los que me cosieron a latigazos. Éste era el que buscaba agua para que me recobrase después de los golpes. Uno de los que yo había jurado matar.

—Pues ya tener hecho el trabajo —suspiró el indio.

—Te equivocas —dijo Dodge suavemente—. Aún quedan dos enemigos a quienes ajustar cuentas. Y uno de ellos es ni más ni menos que la mujer más bonita que he visto… Pero de poco le

servirá.

—Cuando mujer bonita morir, antepasados estar de fiesta —sentenció el indio.

—Y cuando mujer bonita vivir, antepasados aprovechar lo que pueden —aseguró Kent Dodge—. Hala, larguémonos aprisa.

* * *

Marta entró en su habitación, en el hotel donde estaba hospedada, se desvistió a toda prisa y ocultó las ropas anchas y la careta en un lugar donde no resultara fácil encontrarlas.

Luego, sin más prendas que una corta camisita, se tendió en el lecho y cruzó las manos bajo la nuca pensativamente. Estaba segura de que acababa de perder una buena oportunidad para acabar con el general Barton.

Si éste decidió alojarse en el acuartelamiento de las tropas, Marta ya no podría acercarse más a él. Necesitaba encontrar algún sitio donde ambos pudieran tropezarse. ¿Quizá en el saloon?

La muchacha cerró un momento los ojos, mientras pensaba intensamente.

El saloon pertenecía a una tal Carol. ¿Y si ella quisiera admitirla como empleada? Barton era muy amigo de frecuentar la compañía de las muchachas que trabajaban allí. Por consiguiente, a Marta le sobrarían ocasiones para encontrarse con él, matarlo y apoderarse de los documentos que el general robó.

Decidió intentar jugar aquella carta. Pero tenía que hacerlo pronto, porque era indudable que el general trataría de llegar a México cuanto antes. Incluso era muy posible que hubiese hablado ya con alguien para que le ayudara a pasar la frontera sin ser visto.

Claro que eso no era tan sencillo, habiendo controles y patrullas por todas partes. Era muy posible que Barton tuviese que aguardar todavía algunos días antes de realizar sus planes.

Y quizá Mich o Peter triunfarían. Quizá ellos con seguirán lo que ella no pudo lograr.

En aquel momento, Marta estaba bien lejos de suponer que Peter había muerto. Y que también Latimer había caído para siempre, mordido por el plomo.

La escultural figura de la muchacha se recortaba a la luz del quinqué, mientras cerraba un momento los ojos, dominada por la

fatiga.

Era una figura que hubiese vuelto loco a cualquier hombre, pero ahora nadie podía verla.

Marta quedó dormida.

# CAPÍTULO VIII

Después de matar a Latimer, Kent Dodge comprendió que necesitaba cambiar de residencia, aunque fuera dentro de la misma ciudad.

Buscó un hotel modesto y se inscribió con su nombre: Kent Dodge.

—Dodge es el nombre de una ciudad —dijo el encargado—. Nunca había oído a nadie que lo usase como apellido.

—Se equivoca. El hombre que fundó Dodge City era coronel, y le llamaba precisamente Dodge.

—Bueno, ya me entiende. Es que no creo que usted pertenezca a la familia de aquel caballero.

—No.

—Entonces… No me tome por indiscreto, pero ¿por qué diablos usa ese apellido?

Dodge extrajo un cigarro del bolsillo superior de su polvoriento chaquetón, cortó la punta con los dientes, escupió y luego dijo:

—Porque Dodge fue la ciudad donde me enseñaron a manejar el revólver.

Tomó un baño caliente, se afeitó y se cortó el pelo, pidió que le lavaran la ropa y mientras tanto se metió en la cama. Debía llevar muchas horas sin dormir en un colchón, porque no volvió a dar señales de vida hasta cuarenta y ocho horas más tarde.

Entonces fue al mejor saloon de la ciudad, pilló una descomunal borrachera, sin meterse con nadie, y volvió al hotel, donde durmió otras veinticuatro horas.

Después de este nuevo período de descanso, regresó al saloon y pidió una botella de *whisky*. Era mediodía y hacía calor, un calor pegajoso e intolerable. Los licores no apetecían, pero la cerveza

hacía sudar más. Dodge empezó a beber con calma, y apenas había trasegado un par de copas, cuando oyó a través de los batientes el trote de aquellos caballos.

Instintivamente, sin saber bien por qué, aguzó el oído.

Siempre le había ocurrido eso. Desde niño, supo adivinar cuándo el trotar de unos caballos presagiaba muerte. Y en esta ocasión, aunque fuera difícil comprender las razones, tuvo el mismo presentimiento.

Quizá era porque avanzaba demasiado aprisa en aquella hora de calor. O quizá porque eran cuatro hombres, y los grupos de jinetes siempre habían dado mala espina en las pequeñas ciudades como Devons.

En este momento, uno de los clientes, preguntaba:

—Oye, muchacho, ¿dónde está Carol, la dueña de todo esto?

Y uno de los que estaban sirviendo en la barra respondía:

—No lo sé. Hizo un viaje hacia el norte repentinamente. Seguro que tenía negocios allí.

—¿No será más bien que se la llevaron? Mira que salir de noche, y precisamente cuando había empezado a levantarse una tempestad de arena…

Ahora los caballos se acercaban lentamente, muy lentamente.

Kent Dodge había aguzado los oídos, y, sin saber por qué, estaba con todos los nervios en tensión. Sin beber, alzó el vaso de *whisky* a la altura de los ojos.

El cliente seguía hablando con el de la barra:

—Y no me dirás que no hubo jaleo aquella noche en la parte trasera del saloon. Yo juraría que oí gritos. Claro que vosotros sois unas marmotas y no os enteráis de nada.

—Pero ¡qué jaleo y qué tonterías, hombre! ¡Ni que no hubiera borrachos en Devons! ¡Todos estamos hartos de oír gritos y disparos a cualquier hora de la noche!

Los caballos ya casi se habían detenido frente al porche del saloon. El de la barra continuó:

—Además, en su habitación todo estaba en orden. Y ella ha hecho eso de largarse sin avisar muchas veces. ¡Como si la dueña de todo esto tuviese que pedir permiso a alguien para hacer lo que le diese la gana!

Después de estas palabras del de la barra, se produjo un silencio

en el saloon. Y aquel silencio pareció prolongarse también hasta la calle, que estaba extrañamente quiera, como si, por unos segundos, la tumultuosa ciudad hubiese quedado muerta.

Dodge, con el vaso de *whisky* todavía quieto a la altura de los ojos, miró por la ventana.

Eran cuatro jinetes, en efecto, los que se habían detenido delante del porche. Venían cubiertos de polvo, y se adivinaba que acababan de hacer un largo viaje. A pesar de eso, sus corceles eran finos y no parecían cansados. Tenían que tirarles de las riendas, para que no se lanzasen de nuevo al galope.

Uno de los jinetes llevaba un gran saco doblado en la parte delantera de la silla.

Demasiado tarde se dio cuenta Dodge de que aquel saco no podía contener más que un ser humano. Los cuatro jinetes sacaron de pronto sus revólveres y dispararon a mansalva contra los batientes, haciéndolos oscilar bajo aquel huracán de plomo; luego, el que llevaba el saco lo arrojó bruscamente a tierra, y, soltando las riendas, los cuatro jinetes se lanzaron a un rabioso galope a lo largo de la calle.

Sus disparos ya habían puesto en conmoción a todo el mundo. Eso era lo que querían. Los clientes del saloon corrieron en bloque hacia la puerta, con las armas preparadas.

Dodge fue uno de los últimos en moverse, comprendiendo que ya nadie daría alcance a los cuatro jinetes. Por otra parte, antes de empuñar un arma quería saber que era lo que contenía aquel saco.

Pronto lo supo.

El saco había quedado sobre los peldaños que subían al porche. El encargado del saloon fue el primero en llegar hasta él, llevando un «Colt Frontier» en la mano derecha.

De pronto se detuvo. Varios hombres, entre los que estaba Dodge, se detuvieron tras él.

—Eso despide un olor extraño —farfulló el del saloon—. Un olor a… a…

—A cadáver —dijo Dodge.

Fue él quien disparó contra el nudo que ligaba el saco, haciéndolo desaparecer. Todos vieron entonces unos cabellos de mujer manchados todavía con sangre coagulada.

El hedor se había hecho más intenso aún. De no ser porque un

viento suave barría la calle, es posible que no hubieran podido soportarlo. Un jovenzuelo, que llevaba un cigarrillo delgado de los labios, tiró de los pies del saco y lo vació como el que descarga unas arrobas de harina. Sólo que, en este caso, lo que apareció ante los ojos de todos fue el cadáver de una mujer.

Hubo gritos de asombro al reconocerla:

—¡Es Carol!

—¡La han asesinado!

—¡Tal vez lleve cuatro días muerta! ¡Fijaos en sus ropas! ¡Fijaos cómo está!

Los comentarios crecían, se hacían más intensos y más agrios. Dodge presionó suavemente con los codos y se colocó en primera fila, junto al cadáver de la mujer.

—No sólo la han torturado antes de matarla —dijo—, sino que el asesino también ha sido miserable. Una cuchillada en el cuello como el que termina con una res. Y no demasiado bien dada, por cierto, como si hubiesen querido hacerla sufrir hasta el fin.

Los ojos grises de Dodge tenían un extraño reflejo al contemplar aquel cadáver, como si intentase penetrar en la tragedia que había acompañado su muerte.

—¿Quién dicen que era esta mujer? —preguntó.

—¿Es que no la conocía? ¡Si era famosa en todo Devons!

—Se trata de Carol, la dueña de este saloon.

—¡Y este saloon es uno de los mejores del Territorio…!

—Muy bien, de acuerdo —dijo Dodge—. Hay que entrarla.

—¡Diablos! Pero ¿quién se atreve? Lleva demasiado tiempo muerta.

—Yo mismo —gruñó Dodge.

Se cargó al hombro a la mujer sin importarle demasiado su siniestro aspecto y, entrando en el saloon, depositó el cuerpo encima de una de las mesas.

—Pronto, una botella del mejor *whisky* que tengan. Hay que perfumarla un poco.

Roció el cuerpo con el licor y luego se volvió hacia las dos docenas de hombres que habían rodeado la mesa.

—¿Alguien de ustedes conocía a alguno de los jinetes?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Quién es usted?

—Un tipo a quien le gustan las mujeres vivas, no muertas.

El encargado del saloon se acercó a él.—

—No hace falta haber visto a esos tipos para saber quiénes eran. Seguro que se trataba de pistoleros de la cuadrilla de El Caballero.

—No lo he oído nombrar. ¿Quién es El Caballero?

—¿Dice que no lo ha oído nombrar? ¿De qué mundo viene usted, amigo? ¿Acaba de descender de una nube?

—No, pero he estado mucho tiempo alejado de todos estos ambientes. ¿Quién es ese hombre?

—Un pistolero elegante que tiene la peor cuadrilla de forajidos de este territorio. Casi siempre se le puede encontrar más al norte, aunque viene a Devons de vez en cuando.

—¿A qué se dedica?

—Ahora, a los espectáculos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Sencillamente, que compra todos los buenos saloons y las casas de acreditadas que hay en la comarca. Ya es dueño de muchos locales, incluso de la capital.

—Entonces, tendrá mucho dinero.

Ahora fue el encargado del saloon el que contestó, sin extrañarse ante el intenso interrogatorio de Dodge.

—¿Dinero? —dijo con ironía—. Ahora sí que lo tiene, pero al principio no disponía de un solo dólar. Sólo sabía vestir bien, jugar a los naipes y marcar la cara de las mujeres con un puñal que llevaba escondido en la manga. Tenía que haberlo visto.

—¿Cómo compraba, entonces, los saloons y las casas de juego?

—Por medio del terror. Prácticamente, no pagaba nada. Apenas la centésima parte de lo que valían. Amenazaba de muerte a sus dueños, si eran mujeres tanto mejor, y a los que no querían vender los mandaba al infierno. Todos aquellos que se resignaban, firmaban un documento diciendo que vendían libremente y recibían a cambió una cantidad ridícula. Esto salvaba las apariencias legales, puesto que en ningún caso se podía acusar a El Caballero de usurpación. Pero todos conocemos sus procedimientos.

En el macabro silencio que todos guardaban ante el cadáver de Carol, se oyó nuevamente la voz de Dodge:

—Lo extraño es que este tipo no haya tenido imitadores.

—Bueno, no crea que es tan sencillo hacer los que él hacía. Todos los saloons tienen pistoleros a sueldo, y sus dueños no se

dejan intimidar tan fácilmente. El Caballero necesitó, ante todo, una banda de granujas a la que nadie se atreviera a resistir. Luego, cuando su firma creció, todo fue más sencillo cada vez. Carol ha sido su última víctima, aunque nunca creíamos que llegase a atreverse con ella.

Dodge contempló nuevamente el rostro de la mujer, que parecía adquirir por momentos un intenso color morado.

—Traigan algo para cubrirla —pidió.

Trajeron una sábana.

—Lo más terrible —dijo lentamente el encargado del saloon, con la mirada perdida— es pensar que la han torturado de ese modo.

—¿Creen que consiguieron su propósito? ¿Habrá vendido ella?

—No tengo la menor idea.

—Entonces, pronto llegará la cara de todos los asesinos de Carol.

Hubo un momento de silencio.

Y en aquel instante, desde los batientes del saloon, se oyó una voz que preguntaba:

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Es que nadie se molesta en venir a recibir a la nueva dueña?

Todos volvieron lentamente sus rostros hacia la puerta, conteniendo a duras penas una mueca de asombro.

Porque la voz que acababa de pronunciar aquellas palabras increíbles era la voz de una mujer.

# CAPÍTULO IX

Kent Dodge fue el primero que la vio.

Sus labios produjeron como un chasquido y sólo pudo decir:

—¡Diablos!

La recién venida iba vestida como una auténtica señora y no le faltaba ni el detalle de una sombrilla que hacía rodar delicadamente entre sus dedos. Las ropas que llevaba eran caras, el sombrerito que lucía, una monada, y sus joyas casi deslumbraban, pero aún así, nadie se hubiera fijado demasiado en esas cosas.

Lo importante era ella.

Dodge la miró de arriba abajo y dijo otra vez:

—¡Diablos!

La reconoció al instante.

Pensó que tendría unos veinte años, ni uno más. Su piel era tersa y fina, pero no era precisamente la clase de piel que uno imagina en una señorita «finolis», que lleva incluso sombrilla. No. Ésta parecía haber sufrido el sol, la lluvia, las miradas de los hombres. Aquella piel recordaba las praderas salvajes, un amanecer en un bosque… ¡Quién sabe cuántas cosas! Pero, en todo caso, algo violento, agresivo y tremendamente apasionado. El amor de aquella mujer —pensó Dodge— tenía que ser como el amor violento de una fiera.

Y eso que vestía como una gran dama.

Lo demás, lo que se podía ver y lo que se imaginaba, era digno de un monumento.

Ella se dio cuenta de la cara con que la estaban mirando todos, y dijo otra vez:

—¿Es que nadie hace caso de la nueva dueña?

Dodge dijo:

—Sí, yo.

Fue hasta ella, que sostenía, impertérrita y orgullosa, la mirada del hombre. De pronto, la estrechó entre sus brazos, sin apenas darle tiempo para comprender lo que sucedía, y la besó.

Ella lanzó un grito.

Toda la violencia que Dodge había imaginado se soltó de pronto, y el cuerpo de la mujer se puso tenso como un arco a punto de dispararse. Otro hombre hubiera cedido, incapaz de vencer aquella resistencia, pero Dodge la dominó.

Solo la soltó cuando quiso.

Ella hizo un gesto de ira, de rabia impotente, y hasta se oyó el chirrido de los dientes en la contracción de sus mandíbulas. Sus labios se movieron luego, en un gesto de infinito desprecio, y escupió sobre el rostro de Dodge, que aún estaba a un paso de distancia.

Dodge ni siquiera se inmutó.

—Tú ganas, hermana. No me lavaré la cara en lo que queda de mes.

—Me gustaría saber por qué has hecho esto, canalla.

—Pues… antes se lo he explicado a estos caballeros.

—¿Qué es lo que les has explicado tú, granuja?

—Que me gustan las mujeres vivas, no las mujeres muertas.

La mirada de Marta se posó entonces, como distraídamente, en la mesa donde reposaba el cadáver. A pesar de que debajo de la sábana aún se veían los pies calzados de Carol, a pesar de que la situación era tétrica, no hizo el menor gesto que denotase miedo o sorpresa.

—¿Carol? —musitó.

—Sí. Supongo que lo sabías.

—Lo sospechaba.

—¿Sólo lo sospechabas, y te has presentado aquí diciendo que eras la nueva dueña?

—Es que lo soy.

—¿Ah, sí?

—Carol me vendió esto.

—Ya; es natural. Venta libre y voluntaria, ¿no?

Entre algunos de los presentes se intercambió una mirada de inteligencia.

—Venta libre y voluntaria —remachó ella.

—¡Oh, muy bien! Magnífico. ¿Y El Caballero, qué tal está?

—No conozco a nadie que se llame así.

—¡Qué palomita! Su verdadero nombre es Charlie Adams. Quizá esto te recuerde algo más.

La voz de la recién llegada era tan firme y segura que hasta parecía un poco desdeñosa.

—No lo conozco —repitió.

—Me parece que, en vez de besarte, debería haberte arrancado los pendientes con la punta de un látigo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no lo haces? Vamos, prueba. Creo que a todos los que estamos aquí nos gustaría reír un poco.

La muchacha no tenía miedo; era una de esas mujeres que jamás se han acobardado ante nada ni ante nadie, y que al mirar a un hombre lo primero que piensan es si valdrá la pena hacerse una alfombra con su piel.

—No sé cómo tiene el cinismo de presentarse en estas circunstancias —dijo uno de los clientes—. Estando aún aquí el cadáver de Carol… ¿Es que tan segura se siente de la protección de El Caballero?

—¡Repito que no sé quién es ese hombre!

Hablaba con sinceridad, y todos parecieron comprender, al fin, que no mentía. Podía parecer extraño, pero quizá era cierto que aquella muchacha hubiera comprado el establecimiento a Carol.

Se produjo un breve silencio, durante el cual ninguno de los presentes supo qué actitud debía adoptar.

En este momento entró el juez.

El juez vestía de negro y llevaba veinticuatro horas sin condenar a nadie, por lo cual su humor era tempestuoso. Dio un puntapié a los batientes, contempló el cadáver y paseó una mirada circular por los rostros de lo que estaban en la sala.

—¿Hay algún detenido? —preguntó.

Se advertía claramente que quería reunir un jurado a toda prisa, y enviar a quien fuese, atado de pies y manos, a la horca.

Fue el encargado quien contestó:

—No hay ningún detenido, y crea que lo siento. De haber podido dar con alguien, ya estaría linchado a estas horas. Carol ha sido otra víctima de los hombres de El Caballero, contra los que nada conseguiremos mientras no se les expulse del territorio.

—Hay que hacer algo mejor que eso —dijo el juez—, pero por ahora veo que no es posible. ¿No ha habido manera de herir a uno de ellos?

—No.

En este momento, intervino la recién llegada:

—Eh, oiga…

El juez se volvió hacia ella y, aunque ya tenía sesenta años, sus ojos dieron una vuelta completa en sus órbitas al descubrirla.

—¿Quién demonios es usted?

—Me llamo Marta Johnson.

El juez la miró con ojos sanguinolentos.

—¿Y qué hace usted aquí?

—Me ha presentado para tomar posesión del local. Soy la dueña de todo esto.

—¿La nueva dueña? ¿Sabe que, tal como van las cosas, eso equivale casi a decir que usted ha tomado parte en el asesinato de la pobre Carol?

—Eso es lo que están explicando estos imbéciles desde que llegué, pero no les entiendo.

—Creo —dijo entonces Dodge— que si los asesinos de El Caballero han acabado con Carol, ha sido precisamente por no querer ella vender el local. De otro modo, lo lógico hubiera sido dejarla viva.

—Hay que reconocer que es así —dijo el *sheriff*—. Sólo son asesinados los que no venden. Y si ha habido asesinato, tampoco podemos probar nada contra los nuevos dueños cuando éstos se presenten. En su mayor parte, parece que nada tengan que ver con esa cuadrilla de asesinos. ¡Y, sin embargo, están convirtiendo Devons en algo mucho más diabólico de lo que es ya! ¿Por qué no se llevan de una vez el cadáver de la pobre Carol?

Efectivamente, en el local cerrado, la presencia del cuerpo, ya a medio descomponer, era aún mucho más perceptible. Cuatro hombres cargaron en silencio sobre sus espaldas la mesa en que Carol yacía, y la sacaron de allí para llevarla a la funeraria más próxima, transportándola bajo el achicharrante sol, como en un último paseo macabro y triunfal a la vez.

El juez se volvió hacia Marta.

—Naturalmente, usted tendrá algún documento que le acredite

sus derechos, ¿no es así?

—Claro que lo tengo.

De su bolsa extrajo un grueso papel doblado en cuatro partes, que entregó al juez. Éste lo desdobló.

—Está en regla, no puedo negarlo —dijo, después de leerlo atentamente—. Conozco la firma de la difunta Carol y, además, la operación está avalada por el notario Sullivan. ¿Cómo es que estaba usted en Devons hace cuatro días, cuando la operación se realizó?

—¿Y por qué no podía estar? ¿Es que hay que pedir permiso para entrar en este municipio de pistoleros y borrachos?

—No quiero decir eso, sino que me extraña no haberla visto. Una mujer así…

Los ojos del vejestorio daban vueltas otra vez dentro de las órbitas. Alguien gritó:

—¡Seriedad, juez! ¡Seguro que a ésta me la condena a estar treinta años con usted en la misma celda!

Ya todos parecían haberse olvidado de la muerte de Carol, puesto que en Devons no había nada más barato y más insignificante que el hecho de morir. Y lo único que preocupaba a todos ahora era saber si la nueva dueña cantaría en el escenario alguna canción yendo ligerita de ropa.

El juez devolvió el documento a Marta.

—Todo está en regla, pero repito que hay algo que sigue extrañándome y que tardaré en comprender.

—Hable. A lo mejor lo entiendo yo.

—¿Por qué Carol le vendió a usted y, sin embargo, perdió la vida no queriendo vender a los hombres de El Caballero?

—A ellos no podía venderles. Yo era ya la dueña.

—Lo que dice plantea otras cuestiones. En primer lugar, ¿por qué le vendió a usted su establecimiento? Y en segundo lugar, una vez vendido todo, ¿por qué no dijo a sus asesinos que ella ya no era la dueña, y que debían dejarla en paz?

—Supongamos que lo dijo. Y supongamos que ellos no le hicieron caso, por considerarlo una patraña.

—No es razonable. Son tipos que lo comprueban todo.

—Entonces, es que Carol quería que acabaran matándome a mí también —dijo Marta entre una media sonrisa, con la mayor naturalidad—. O deseaba librarse de algo que podía costarle la vida.

Y a pesar de esta naturalidad o quizá precisamente por ella misma, pareció como si por las espaldas de todos los que estaban en el saloon pasase una sensación helada.

* * *

Hasta en una población como Devons, a la que continuamente llegaban tipos raros y mujeres extraordinarias, tuvo que llamar la atención un monumento como Marta.

No era sólo bonita. Tenía temperamento y temple, y nada le daba miedo.

Lo primero que hizo Marta Johnson fue encargar unos carteles anunciando que, a partir de aquel momento, su saloon sería el más alegre de toda la ciudad. Luego se instaló en las habitaciones de la difunta Carol, y empezó a probarse sus medias, sus zapatos y sus vestidos, que le sentaban admirablemente bien. En Devons nadie temía ni respetaba a la muerte, pero Marta Johnson, al parecer, la temía y la respetaba menos que nadie.

Kent Dodge, entretanto, de regreso a su hotel, se dio cuenta de que apenas tendría dinero para pagar el hospedaje de un día más.

El encargado pareció olerlo, y aquella misma noche lo abordó:

—Oiga, amigo, desde que está usted en Devons, no hace más que ir de borrachera en borrachera, y en este hotel hasta los borrachos pagan por adelantado. Se ha agotado ya todo lo que usted me dio. ¿Qué piensa hacer?

Dodge, que tenía un vaso de *whisky* en la mano, le miró fijamente.

—¿Hacer sobre qué?

—Sobre pagar, cuerno.

—Bueno. Yo no pensaba estarme aquí tanto tiempo. Un par de días a lo sumo. Luego contaba con vivir con mis propios medios en la pradera.

—¿Eso quiere decir que no tiene usted dinero para pagarme más días de estancia en el hotel?

—No tendré dinero ni para pagar la próxima botella de *whisky* que me beba.

—¡Diablo! Y entonces, ¿por qué se queda?

—Por esa chica recién venida, por Marta Johnson. Quiero saber cómo se defiende con su saloon, y me gustaría averiguar si los tipos

de El Caballero se la acaban comiendo o no.

—No sea hipócrita. Lo que a usted le interesa es la chica. Lo del saloon y lo de esos pistoleros le tiene sin cuidado.

—No lo crea. Estoy preocupado de verdad. Si esos pistoleros se la comen, ¿qué me va a quedar para mí?

El encargado del hotel lanzó una carcajada y, tomando el vaso de *whisky* que Dodge sostenía en su derecha se lo bebió él, seguramente a cuenta de lo que el joven debería dentro de poco.

—Bueno, pues les prevengo que Devons es una ciudad dura, amigo —explicó después de limpiarse la boca ruidosamente—, y que aquí sólo se consigue el dinero con facilidad cuando uno tiene un golpe de suerte. Mientras tanto, hay que trabajar.

—¡Qué remedio! ¿Y cuál es el mejor trabajo?

—Guardaespaldas o pistolero, protector de algún local público, es decir, asesino profesional, más o menos. Pero a una profesión tan distinguida sólo tienen acceso los pistoleros de fama, los que han demostrado que sirven, y usted no ha demostrado nada de eso. De modo que le aconsejo que se busque otra clase de empleo.

—¿Cuál por ejemplo?

—¡Ejem! No sé… Ahora que recuerdo, Kruger buscaba a alguien para que le ayudase. ¿Por qué no habla con él?

—¿Cuándo?

—Vaya a ver a Kruger al saloon Glaciar hacia las dos de la madrugada. A esa hora lo encontrará borracho y rodeado de chicas. Es el mejor momento para hablarle de negocios.

—¡Vaya! Gracias por el consejo.

—Y ya pagará el hotel cuando pueda, no se preocupe. Es usted capaz de beberse un barril entero, o sea, un tipo simpático.

—Usted también lo es. Lástima que en su hotel haya tantos ratones.

—Procure no comerse ninguno, porque, de lo contrario, se lo pondré en la cuenta.

Y hecha esta importante advertencia, el encargado salió, dejando tranquilo a Dodge.

Éste, en cuanto hubo bebido un poco más, se marchó a la calle.

Era cerca de medianoche, y la ciudad hervía de animación, aunque era esa animación tumultuosa y llena de peligros que causan los ganaderos borrachos, los pistoleros dispuestos a

aprovecharlo todo y las mujeres de vida fácil.

La fachada del saloon, iluminada por docenas de lámparas de petróleo, brillaba en la noche de una forma que tenía que parecer casi mágica a los recién llegados.

Dodge se situó enfrente del saloon que ahora era de Marta Johnson, se apoyó en una columna del porche y encendió perezosamente un cigarrillo, con los ojos fijos en el local.

Docenas y docenas de personas entraban y salían por sus puertas. El éxito estaba asegurado. En la fachada, un gran retrato pintado a toda prisa, pero con gracia, de Marta, decía en enormes letras rojas: «Nueva propietaria». Por encima de los batientes, en el escenario situado al fondo del local, se veían a varias bailarinas moverse frenéticamente, entre los alaridos delirantes del público.

Cualquiera hubiese envidiado el destino de Marta, que llevaba camino de convertirse en una de las reinas del Sur.

Y, sin embargo, Dodge, mientras fumaba reflexivamente su cigarrillo, pensó tan sólo:

«Pobre chica…».

Sabía que ella buscaba algo muy distinto.

Fue en este momento, durante un breve paréntesis de quietud en la calle, cuando vio llegar a aquellos cinco jinetes.

Avanzaban silenciosamente, como si no quisieran llamar la atención. Pero en cuanto uno se fijaba un poco en ellos se daba cuenta de que llamar o no la atención les tenía sin cuidado. Simplemente, sus caballos estaban reventados y se limitaban ya a arrastrar sus cascos sobre el polvo de la calle. Ellos venían también cubiertos de polvo, así como sus monturas y sus armas.

Eran cinco tipos iguales, y sólo por eso ya hubieran llamado la atención. Vestían de negro, llevaban dos revólveres cada uno y usaban espuelas de rodela pequeña propias de los hombres del Norte. Los cinco tenían las mismas caras cuadradas, brutales, que parecían talladas a golpes de hacha. Las manos con que empuñaban las riendas eran enormes y bastaba verlos para darse cuenta de que entre los cinco podían destrozar a puñetazos a una banda de bisontes.

Uno, el que iba en cabeza, llevaba ropas muy selectas.

Dodge se fijó en ellos por todos esos detalles, que hubieran llamado la atención de cualquiera. Pero se fijó también por algo

más.

Sin saber por qué, recordó algo que le habían contado: «La banda de El Caballero tiene cinco asesinos».

Los cinco avanzaban en silencio por el centro de la calle. Al llegar frente al saloon, tiraron de las riendas con un seco movimiento, como si les guiara una única voluntad.

—¡Eh, fijaos! —dijo uno de ellos.

—¡Diablo, pero si tiene que ser Marta!

—Debe ser alguien que se le parece mucho. No puedo creerlo.

—¿Por qué no puedes creerlo, imbécil?

—¿De qué iba a tener Marta un local como éste?

—Puede haber ganado mucho dinero. Una mujer tiene recursos para todo. Carol nos habló de ella, y nos dijo cómo era, pero entonces no la creíamos.

—Bueno, eso no importa. El caso es que la hemos encontrado.

Desmontaron y amarraron sus caballos a una valla cercana, pues el amarradero del saloon estaba completamente lleno.

Dodge los miró sin decir nada, fumando aún los restos de su cigarro.

Los cinco hombres volvieron a aproximarse, ahora pie. De este modo se podía apreciar aún mejor su enorme corpulencia y la brutalidad de sus facciones. Avanzando los cinco con los puños cerrados, parecían cinco catapultas dispuestas a destruir una ciudad entera.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó uno.

—¿Cómo que qué hacemos? ¿No se burló de nosotros? ¿No compró a Carol antes que nadie, no sé con qué dinero? ¡Infiernos! ¡Ha querido arruinar mi negocio! Ahora tendrá que venir con nosotros, le guste o no.

—¿Y si se resiste?

—Vendrá, aunque tengamos que matarla.

Los cinco hombres se dispusieron a entrar en el saloon, en cuyo fondo se veían aún evolucionar frenéticamente a las bailarinas.

Dodge, desde el otro lado de la calle, arrojó los restos de su cigarro con tal puntería que la brasita ardiendo dio en la mejilla de uno de los cinco gorilas.

Los cinco se volvieron, lanzando un mismo gruñido, como si la brasa les hubiera quemado a todos al mismo tiempo.

—Pero ¿qué es esto?

—¿Quién se atreve…?

Dodge se despegó de la columna donde había estado apoyado y avanzó lentamente hacia ellos sin que durante unos segundos se oyera en la calle más sonido que el tintinear de sus espuelas.

—Es que el local está muy lleno, amigos, y he querido avisarles.

—¿Avisarnos de qué?

—De que no entren. A lo mejor a Marta Johnson no le gustan, y los hace arrojar por el servicio de limpieza.

—De Marta nos encargamos nosotros, amigo… después de habernos encargado de ti, claro.

—¡Qué lástima! Veo que están decididos a dejarse en Devons toda la plata, empezando por la que adorna las cachas de sus revólveres.

Aquella amenaza, más aún, aquella descarada alusión a su próxima muerte, hizo que los cinco hombres se sintieran recorridos por un mismo estremecimiento, aunque sólo ellos lo supieron. Desde fuera nada se notó.

—¿Quién eres? —preguntó uno de ellos.

—Me llamo Kent Dodge.

—K. D. ¿Qué os parece, muchachos? No creo que nos resulten muy caras las iniciales de la caja.

Kent Dodge no se reía.

—¿Cómo os llamáis nosotros?

—Somos El Caballero y sus hombres. ¿No nos has oído nombrar?

Kent apretó ligeramente los labios. ¡Claro que lo había oído nombrar! En todo el territorio no había habido, en los últimos dos años, canallada en que El Caballero no hubiese tomado parte. Practicando siempre una táctica inocente y hasta un poco infantil, pero brutal, podía decir con orgullo que ni una pieza de oro estaba segura si él se encontraba a menos de diez millas de distancia.

—Está bien, queridos amigos —sonrió Dodge—. Voy a daros un consejo: largaos de aquí y no busquéis nuevos jaleos. Devons es ya una ciudad lo bastante embrollada sin vosotros. No hacéis maldita la falta.

—¿Es que eres un monigote a sueldo de Marta Johnson?

—Marta no ha pagado ningún sueldo a nadie, que yo sepa. Pero me revienta que cinco tipos grandes como gorilas se reúnan para

destrozar a una mujer. Y como da la casualidad de que no me puedo llevar disgustos a causa de mi hígado, todo aquello que me revienta o me fastidia, lo resuelvo a mi manera. Lo siento, amigos, pero vais a tener que apartaros de mi camino.

Los cinco mastodontes no se afectaron demasiado.

Moviéndose todos a la vez hubiesen podido acribillarle, ya que Dodge, por rápido que fuese, no hubiera logrado alcanzar más allá de dos o tres como máximo antes de que los otros le acribillasen. Pero en lugar de eso, el que parecía el jefe de los cinco se limitó a hacer un gesto al más alto y fuerte de todos, diciéndole:

—Tú, Josiah, despáchalo.

Josiah se pasó la lengua por los labios y se acercó a Kent Dodge. Cerró los puños, y sus nudillos produjeron toda una sinfonía de sonidos. Los otros cuatro, aburridamente, se acomodaron en el porche para ver la pelea, aunque no esperaban que ésta les ofreciese la menor emoción. Josiah, para hacer prácticas, estaba acostumbrado a luchar con toros, no con hombres.

Kent preguntó:

—¿Sin armas?

—¡No las necesito!

—Entonces, yo tampoco.

Se despojó rápidamente de su cinto canana, mientras su adversario hacía lo mismo. Pero Josiah, una vez tuvo los cintos en la mano, no los arrojó a tierra. Inesperadamente, mientras lanzaba una carcajada, dibujó un molinete con ellos y los aplastó contra la cara de Kent, que alcanzado por aquel látigo de plomo, cayó hacia atrás lanzando un gemido, y se llevó instintivamente las manos a la cara que se empezaba a cubrir de sangre.

Los cinco pistoleros rieron a la vez. Algunos espectadores, que ya se habían detenido, rieron también.

—¡No le atices así, Josiah, que lo vas a acabar demasiado pronto!

—¿No ves que con otro golpe como ése se acaba el espectáculo?

Dodge se puso lentamente en pie. El golpe había sido terriblemente doloroso, y sabía que la sangre manchaba su rostro manando de mil heridas distintas. En sus ojos parecía brillar una constelación de estrellas, y apenas conseguía ver a su enemigo.

Kent decidió no perder tiempo, puesto que empezaba a sentirse

fastidiado después de tantos meses sin peleas.

Josiah se dio cuenta, demasiado tarde, de que había empezado con mal sistema la pelea. Aquel tipo seguramente no pediría piedad, pero tampoco la tendría él con los otros. Estaba decidido a matarle, y, si las cosas continuaban así, lo conseguiría con unos golpes más.

A Dodge le faltaba la respiración.

Vio venir otra vez a su enemigo y quiso esquivarlo, pero no pudo. Se movió con demasiada lentitud. Josiah lo alcanzó con un gancho de izquierda y le hizo dar tres vueltas por el polvo, entre los gritos de los espectadores.

—¡Un poco más y lo acabas!

—¡Repásalo ahora con las botas, Josiah!

—¡Mátalo de una vez!

Sus cuatro compañeros animaban a Josiah, aunque éste no necesitaba alientos para sentirse vencedor. Sabía que había cazado bien a Dodge, y que éste iba a ser a, en sus manos, como un juguete.

Dio un salto y fue a dejarse caer sobre él para aplastarlo con su corpulencia. Pero Dodge, en el suelo, dio dos vueltas sobre sí mismo y logró apartarse. Josiah quedó grotescamente sentado en el suelo, sintiendo que el dolor de la caída le subía desde la base de la columna vertebral hasta la nuca. Lanzó una salvaje maldición.

—¡Te mataré! —rugió—. ¡Te partiré en pedazos!

Aquello dio a Dodge un pequeño respiro, lo necesario para ponerse en pie. Respirando con dificultad todavía, se dispuso a esperar la nueva acometida de su enemigo.

«Necesito cazarlo ahora como sea —pensó—. Si es él el que me pega otra vez, estoy perdido».

Además, necesitaba cazarlo bien, no de cualquier manera. Necesitaba dejarlo sin respiración durante un par de minutos, para equilibrar la pelea. Si pudiese alcanzarlo en el hígado…

Los golpes en el hígado son poco espectaculares y al que presencia la pelea le parece que apenas tienen importancia. Pero el que los recibe sabe que le dejan sin respiración y sin fuerzas como si su sangre no circulase al menos durante un minuto. ¡Y un minuto solamente era lo que necesitaba Dodge!

Cuando su enemigo atacó, él hizo una finta y se lanzó a fondo con la izquierda, golpeándolo dos veces en el hígado. Cuando

Josiah quiso bajar el codo derecho para protegerse, ya era demasiado tarde. Quedó de repente quieto, como atontado, sintiendo unos terribles deseos de dejarse caer de rodillas sobre el polvo.

Pero no lo hizo, y eso fue lo que le perdió.

Dodge, que nunca hubiese golpeado a un caído, arremetió en cambio contra un hombre que aún seguía en pie y que daba zarpazos en el aire. Le pegó en corto en el estómago, y cuando Josiah se inclinaba hacia delante, unió los dos puños para golpearle a la vez con la fuerza de una catapulta. Josiah lanzó un alarido y dio unos pasos hacia atrás, pero no cayó.

—¡Túmbate! —le aconsejó el mismo Dodge—. ¡Túmbate y descansa!

Pero sus propios compañeros acabaron de hacer más comprometida su situación, al gritarle:

—¿Qué te pasa, idiota?

—¡Si apenas te ha tocado…!

—¡Vamos, ataca otra vez!

Josiah se lanzó a la carga y fue recibido con un directo al corazón que hizo estremecer todo su cuerpo; se llevó angustiosamente ambas manos al pecho, y entonces recibió un derechazo tras el pabellón de la oreja. Su cerebro empezó a zumbar. Dodge, de un gancho al mentón, quiso derribarlo, pero aunque Josiah estaba al borde del KO, parecía poner todo su orgullo en no doblar la rodilla ante un enemigo. Aún inclinó la cabeza y embistió de nuevo, moviendo los puños en forma de molinete.

Dodge le propinó un rodillazo en pleno rostro y, cuando Josiah retrocedía, se lo cargó sobre los hombros, haciéndole dar dos vueltas sobre su cabeza y lanzándolo luego a tierra.

Esperaba que el otro no se levantase más, pero Josiah se incorporó.

—¡No me tocarás otra vez! —rugió—. ¡Te haré pedazos!

Dodge lo vio venir. Ahora Josiah no era más que un muñeco en sus manos, de modo que podía golpearle donde quisiera. Le cruzó el mentón con un zurdazo, buscando hacerle caer otra vez. Josiah dio un extraño salto y quedó rígido. Dodge le golpeó entonces en las sienes y en el corazón, buscando producirle un aturdimiento tal que le obligase a abandonar la pelea. Lo malo fue que ni él mismo se dio

cuenta de la fuerza con que pegaba.

Josiah abrió la boca, intentó tragar aire, y de pronto cayó de espaldas con los brazos en cruz y una expresión tal en los ojos que hizo que Dodge se arrodillara inmediatamente sobre él.

En la calle, después de la pelea, se había hecho un espantoso silencio. Ahora se dio cuenta Dodge de que estaban rodeados de espectadores. Casi todo el mundo había salido a la calle de los saloons contiguos, y no se oía ya ningún disparo, ninguna risa ni ninguna clase de música.

Dodge alzó la cabeza, con las mandíbulas tensas.

—Este hombre está muerto —susurró.

Los cuatro forajidos no podían creerlo. Se acercaron lentamente, con rostros de estupor, y se arrodillaron junto a Dodge para contemplar al caído. Poco a poco, la brutal verdad fue penetrando a través de sus ojos.

—Vosotros lo habéis matado —susurró Dodge—. Vosotros, con el estúpido orgullo de obligarle a mantenerse en pie. ¡Deberíais haber muerto en su lugar cien veces!

—Es cierto —gruñó un espectador—. Él le dijo que se tumbara para descansar.

—¡Ninguno de nosotros ha sido vencido jamás! —Gruñó altivamente uno de los pistoleros—. ¡O victoriosos o muertos!

—Sois igual que fieras —dijo Dodge—, si ésta es vuestra ética moral.

—¡Pronto te enseñaremos, a latigazos, lo que pensamos de todo esto!

—Naturalmente, estoy a vuestra disposición para liquidar este asunto. No tengo inconveniente en luchar a revólver, aunque sea con los cuatro a la vez.

—Tú has matado a puñetazos a Josiah. Tienes que morir a puñetazos también.

—¡Pero no podéis luchar los cuatro contra él! —gritó un espectador.

—Yo, El Caballero me encargaré de él —dijo orgullosamente uno de los forajidos, golpeándose el pecho con las manos, exactamente igual que lo haría un gorila—. ¡Y pronto todos tendréis pedazos de piel de este hombre para adornar vuestros sombreros!

En este momento se oyó una voz:

—¡He soportado una pelea, pero no voy a soportar todas las que os dé la gana! ¡Bata de comedia para esta noche! Al que mueva un dedo lo abraso.

Todos se volvieron para ver al alguacil, que se había destacado de entre los espectadores, y llevaba la mano apoyada en uno de los revólveres.

—¿Quién se encarga de este cadáver? —preguntó duramente.

—Yo mismo —dijo Dodge—. Ha sido un adversario duro y cruel, pero noble. Quiero tener el honor de pagar su entierro.

Los cuatro pistoleros no pusieron inconveniente.

—Tú lo has matado —dijo solamente uno de ellos—, y, por lo tanto, tuyo es el cadáver. Pero piensa que tu cuerpo también será nuestro en cuanto acabemos contigo. Nadie lo podrá evitar.

Dodge se encogió de hombros.

—Cuando acabéis conmigo, hacéis con mi cuerpo lo que os dé la gana.

Luego, Dodge cargó el cuerpo sobre sus hombros y lo llevó a la funeraria de la ciudad, la cual estaba situada en un establecimiento pomposo, no muy lejos de allí.

Sobre la puerta se leía un rótulo que decía:

**FUNERARIA «EL LARGO VIAJE»**

Nuestros clientes son nuestros mejores propagandistas. Si quiere información, pregunte a cualquiera de ellos. Se admites abonos y pagos a cuenta.

Dentro había un tipo fumando un grueso cigarro y abrazado a una botella de *whisky*.

—Hola, ¿trae un cliente?

—¿No lo ve?

—Le daré un diez por ciento de rebaja, puesto que lo ha convencido usted mismo para que viniera.

—Quiero que le haga un buen entierro, aunque no podré pagarle, de momento. Pero le prometo no marchar de la ciudad hasta haber saldado la cuenta. Le dejaré un revólver en garantía, si quiere.

—¿Cómo se llama usted?

—Kent Dodge.

Pero el joven apenas había terminado de pronunciar aquel

nombre, cuando se precipitaron los acontecimientos.

* * *

Oyeron en la calle un grito de mujer. Un grito desgarrador, inhumano, como de bestia herida. Miraron hacia allí y vieron que salía corriendo una de las bailarinas del saloon. Dos hombres iban tras ella.

Sin dejarla llegar hasta el centro de la calle, aquellos hombres sacaron sus revólveres. Los cañones vomitaron plomo despiadadamente y la mujer cayó sobre el polvo, alcanzada por más de seis balazos en la espalda.

Kent comprendió que con aquello querían obligarle a salir de donde estuviera. Que querían obligarle a presentar batalla.

Salió al exterior y sacó sus revólveres en fracciones de segundo. Los pistoleros le habían visto ya, y se disponían a apuntarle.

Dodge fue más rápido.

Sus «Colt» escupieron plomo y las balas se clavaron en las frentes de sus enemigos. Inmediatamente, el joven intentó cambiar de lugar, pero ya era demasiado tarde. Le habían localizado.

Otros dos hombres aparecieron, saltando como demonios, incluso por las ventanas del local de donde poco antes había salido la bailarina. Dodge reconoció a El Caballero, y disparó primero contra él. Pero no pudo hacer blanco.

—¡Kent, tírese al suelo! —gritó el dueño de la funeraria—. ¡No le quiero como cliente!

Obedeció, cayendo sobre las tablas. Los dos pistoleros se abrieron en abanico, intentando buscar lugares estratégicos.

Dodge se sintió acorralado. No podía moverse de allí, y además estaba en un pedazo de porche en el que no había ninguna puerta y ninguna ventana. Tendría que resistir hasta que sus enemigos le alcanzaran, cosa no difícil, siendo dos contra uno.

Sus labios sonrieron con una sonrisa cuadrada.

—Más vale que me ponga a rezar —susurró.

Uno de sus enemigos disparaba desde detrás de un montón de barriles. Otro estaba tras una pila de sacos. Fue éste el que avanzó en zigzag, mientras el otro le cubría, queriendo obligar a Dodge a ponerse al descubierto.

Casi consiguió su propósito. Para alcanzarle, el joven tuvo que

erguir el cuerpo, y una bala le arrancó cabellos. Consiguió terminar con su enemigo cuando éste ya estaba en el porche.

Kent saltó y corrió en zigzag por el centro de la calle, disparando contra el hombre parapetado. El Caballero se puso entonces en pie, con el revólver preparado, sabiendo que si permanecía quieto, Dodge caería sobre él y le acribillaría a balazos.

Durante unas fracciones de segundo, los dos hombres, puestos en pie, parecieron ir a chocar el uno contra el otro.

Sus revólveres brillaron a la luz incierta de la calle, igual que sus ojos, que parecían cargados de fiebre.

Todos lo vieron. La muerte se quedaría con el que fuese unas décimas de segundo más lento.

Tronaron los dos revólveres casi a la vez. Las balas aullaron en la noche.

Un botón rojo se marcó en la levita de El Caballero, a la altura del corazón. Kent, con el revólver humeante, quedó quieto, sin disparar otra vez, mirando a su enemigo. Éste sonrió de una forma extraña y lo único que hizo fue sacudirse con las manos la sangre, como si quisiera quitarse aquella mancha.

Luego vaciló y fue a caer, pero aún hizo un sobrehumano esfuerzo, girando sobre sí mismo. Todos creyeron que iba a disparar, y alguien lanzó un grito al ver que Dodge estaba quieto. Pero es que en realidad, sólo Kent había adivinado lo que iba a pasar. El Caballero había dado una vuelta sobre sí mismo para no caer muerto sobre el sucio polvo de la calle. Cuando exhaló su último suspiro estaba elegantemente tendido sobre las tablas del porche.

Kent Dodge guardó su revólver con expresión fatigada, y dio media vuelta para caminar en dirección a la funeraria.

# CAPÍTULO X

Su compañero, el indio, aguardaba ya allí. Estaba apoyado en el mostrador, tan tranquilo como si se dispusiera a jugar una partida de naipes con cartas marcadas.

Kent farfulló:

—Podías haberme ayudado, diablos… Las he pasado moradas.

—Yo no matar con armas de fuego —dijo el indio—. Mi moral prohibir.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿con qué matas tú?

—Yo liquidar enemigos con cuchillo bien afilado. Arrancarles piel como a liebres.

—¿Y eso está mejor que clavarles una bala?

—Cuando un guerrero morir acuchillado, morir más satisfecho.

—Pues sí que me puedo fiar de ti… —susurró Dodge—. ¿A qué has venido a este sitio?

—Yo a contemplar magnífico lugar. Ser templo de antepasados.

—¿El qué? ¿Esto?

—Funeraria ser sitio donde muertos prepararse alegremente para el Gran Viaje. Resultar sitio muy divertido.

Kent suspiró y trató de ordenar un poco su rebelde mechón rubio.

—Bueno, por eso no vamos a discutir… Lo peor es otra cosa: ¿cómo andas de dinero?

—De dinero andar mal, pero en cambio, andar bien de otra cosa.

—¿De qué?

—De apetito.

Kent Dodge volvió a suspirar. ¿Por qué diablos se le ocurriría tomar a su servicio a aquel condenado indio? Cuando le dijo que ambos correrían juntos grandes aventuras, debía estar borracho.

—¿Puedes adelantar dinero para el entierro de todos esos muertos, aunque sea una fosa común?

—Sí poder, pero si muertos llenar fosa hoy, nosotros no llenar estómago mañana.

—Está bien, ya nos arreglaremos. De todos modos, paga.

En aquel momento el dueño de la funeraria les interrumpió con un gesto y una sonrisa.

—Nada de eso. No admitiré un solo dólar por enterrar a esa pandilla.

—¿Es que va a hacerlo gratis?

—La pandilla de El Caballero era de lo más innoble que corría por aquí. Incluso durante la guerra cometió fechorías, porque buscaba el apoyo de los generales sudistas. Y juraría que ahora es un nordista quien le protege. De otro modo no se hubiera atrevido a matar a Carol de esa manera y a cometer los asesinatos que ha cometido delante de todo el mundo.

Extrajo una botella de *whisky* de un cajón y se la pasó a Kent.

—Enterrar a esa gente será un placer para mí —dijo el de la funeraria—. Lo haré gratis, y encima les invito a beber. Es un *whisky* de la mejor calidad: algo soberbio.

Kent se lo tendió al indio.

—Yo no tengo sed ahora; bebe tú, muchacho.

—Moral de mi raza prohibir.

—Venga, hombre, no disimules, que toda la vida me has estado vaciando la bodega…

El indio miró al dueño de la funeraria.

—¿De dónde sacar tú *whisky*? ¿Ser bueno de verdad?

—Es sensacional. Lo encontré en los bolsillos de un muerto.

—¿Entonces se *whisky* de hombre que estar con antepasados?

—Hombre, claro.

—Yo beber.

Sujetó la botella y se atizó un trago que la dejó para el arrastre.

—Ser un homenaje a muertos —dijo al soltarla—. Cosa santa.

—Buen pájaro estás hecho… Bueno, vamos.

—¿Adónde?

—Al hotel.

—Sólo haber dinero para pagar esta noche.

—Es suficiente. Mañana ya veremos.

Salieron de la funeraria. Vieron que un grupo de soldados se ocupaba ya de retirar los cadáveres. Al parecer, nadie tenía una idea demasiado clara de lo que había ocurrido. Kent Dodge pensó que lo mejor era desentenderse de aquello y escabullirse cuanto antes.

Si resultaba que a El Caballero lo había estado protegiendo el general Barton, él iba a pasarlo mal.

Para llegar hasta su hotel, tenía que pasar por delante del saloon de Marta Johnson. Éste aparecía casi completamente solitario y a oscuras, porque todo el mundo había huido después de los disparos. Kent iba a pasar de largo cuando una voz murmuró:

—Señor Dan…

Él se volvió. Sólo dijo con voz opaca:

—Dan era el nombre que usaba en la vieja casa de mi padre. No quería que nadie se acordara de Kent Dodge, que es una especie de nombre maldito.

—Está bien… Lo mismo da llamarse de una manera que de otra. ¿No puedes entrar, Kent Dodge?

Él volvió la cabeza entonces. Vio a Marta Johnson allí, en la puerta. Una mujer palpitante, envuelta en un ceñido vestido negro que modelaba sus curvas.

Una mujer de labios entreabiertos y que parecía completamente distinta de la que él vio por primera vez, con un uniforme militar y un revólver en la mano.

Todo lo que se le ocurrió decir, no supo por qué fue:

—Hola, millonaria.

—¿Por qué me llamas así?

—Quizá porque a tu padre le llamaba «millonario».

—Entra, por favor.

Kent hizo gesto de entrar. El indio murmuró:

—¿Y yo?

—Quédate en la barra, atrapa una botella de *whisky* y piensa en lo que a los antepasados les gustaría zampársela —gruñó Dodge.

Luego entró, siguiendo a la muchacha.

Ella le condujo directamente a uno de lo reservados de la planta superior. Mientras ascendía por las escaleras, delante del joven, sus caderas se balanceaban de un modo que daba vértigo. Cuando entraron en el reservado, ella se sentó en el diván que ocupaba toda

una de las paredes, y cruzó las piernas.

La falda quedó doblada a la altura de sus rodillas. Marta usaba unas medias oscuras que aún hacían más maravillosas sus piernas. Era completamente distinta de la mujer que Kent conoció.

—¿No quieres sentarte?

Él lo hizo, en una butaca frontera, para poder mirarla mejor.

Durante algunos instantes guardaron silencio. Daba la sensación de que ninguno de los dos sabía por dónde empezar. Estaban unidos por una extraña situación, pero no encontraron palabras para explicárselas.

Al fin fue ella la que musitó:

—No sabía cómo pedirte perdón, Kent.

—¿Por lo que sucedió aquel día?

—A veces lo he recordado como una pesadilla.

—¿De veras pensaste que yo era el asesino de tu padre?

—Creí que, al menos, estabas en combinación con los que lo habían matado.

—¿Y cómo cambiaste de opinión?

—Al alejarnos de allí, tropezamos con un campesino. Fue Mich quien le preguntó por la casa que habíamos dejado atrás. Nos explicó que pertenecía a un tal Dan, y que con él vivía un tal Johnson: uno se dedicaba a pescar y el otro a modelar figurillas de barro o cera, y eran los mejores amigos del mundo.

Kent sonrió mientras una lejana sombra de nostalgia parecía pasar por sus ojos.

—Entonces aún me quedaba algún dinero del que me dejó mi padre —dijo—. Yo sólo ansiaba vivir en paz. A tu padre le ocurría lo mismo, y por eso le cedí una parte de mi casa.

—¿Sabías que era un banquero, con establecimientos en el Norte, pero que había prestado toda su fortuna al Gobierno del Sur?

—Claro que lo sabía; Johnson no tenía secretos para mí.

—¿Dónde guardaba los resguardos?

—En el interior del un busto de barro que él mismo había modelado. Los hombres de Latimer tuvieron que destrozarlo todo para hallarlos al fin; yo estaba entonces pescando lejos de allí, en el río. Desgraciadamente, no me enteré de nada.

Marta cerró un momento a los ojos.

—Nunca lamentaré bastante lo ocurrido —musitó—. Nunca…

No sé qué puedo hacer para que me perdones.

—Podrías comprarme una espalda nueva. Aún he de dormir de bruces y no puedo apoyarme en ninguna parte.

—Tienes derecho a guardarme rencor toda la vida —susurró Marta.

Kent trató de sonreír.

—Soy una persona que olvida pronto los malos tragos. Cuando mi espalda vuelva a estar presentable, procuraré olvidar lo que ocurrió. Aunque confieso que os buscaba para mataros a los tres.

—¿Por qué no lo hiciste… cuando yo aparecí en este saloon?

—Porque me quedé muy sorprendido. Y reconozco que la única cosa que se me ocurrió fue besarte.

Los labios de la muchacha temblaron un momento, como si aún recordara el impacto casi doloroso de aquel beso.

Hizo un mohín, como queriendo alejar aquel recuerdo.

—¿No te has preguntado por qué compré este saloon? —dijo a continuación.

—Supongo que, a pesar de ser millonaria, quieres ganar más dinero.

—No, no fue por eso… Nunca he entendido de negocios de esta clase. Incluso apenas sé distinguir los licores. Sólo quería tener un sitio donde pudiera cazar al general Barton.

—¿Y compraste el local a Carol?

—Sí. Fue el mismo día en que los hombres de El Caballero la mataron, aunque en aquel momento, claro está, ni ella ni yo podíamos imaginar tal cosa. Mejor dicho, Carol sí que sabía que El Caballero pensaba acabar con ella, y por eso accedió fácilmente a vender. Compré el local por una cantidad muy pequeña, pero bastante superior a la que ese granuja pensaba darle. Por desgracia, Carol no salvó la vida vendiendo el local. El Caballero y sus granujas pensaron que el saloon aún era suyo, y que al decir que lo había vendido estaba mintiendo. La torturaron hasta matarla… Era lo mismo, seguramente, que esta noche pensaban hacer conmigo.

—Han obrado con demasiada audacia para estar en zona de guerra —murmuró Kent.

—No hay duda de que alguien les protege.

—¿El general Barton?

—Sólo él puede ser. Me he enterado también de algo más.

Kent extrajo un cigarro de uno de sus bolsillos y mordisqueó lentamente la punta.

—¿De qué?

—Mis hermanos y yo estamos declarados fuera de la ley. Fue Barton quien lo hizo.

—Entonces resulta muy peligroso que te exhibas en un saloon.

—A veces las cosas más claras son las que la gente menos ve. Debe haber bastantes individuos buscando a una tal Marta Johnson, pero ninguno de ellos ha pensado que pueda tratarse de la misma «Marta» que acaba de comprar un saloon. No ven lo que tienen delante de sus propias narices. Y para cuando se den cuenta, yo espero haber terminado con Barton y recuperado los resguardos bancarios.

—¿Y Barton? ¿No sabe que la mujer a la que ha hecho buscar eres tú misma?

—No lo sabe porque no ha venido aún al saloon. Al parecer, lo único que le preocupaba, por el momento, era llegar hasta México sin ser visto. He sabido que El Caballero tenía que hacerlo guiar por uno de sus hombres. Ellos conocen la frontera mejor que nadie.

Kent arqueó una ceja.

—Entonces, al haber muerto ese granuja, han fracasado, de momento, los planes de Barton…

—Así es.

—¿Qué piensas hacer?

—Creo que ahora tendré una magnífica oportunidad para acabar con él. Y estoy decidida a aprovecharla.

Marta Johnson se puso en pie y dio unos nerviosos paseos por la estancia. En la íntima atmósfera de ésta, su figura aún resultaba más tentadora, más bonita y hasta más impresionante. Porque Marta Johnson tenía unas curvas que hubiesen mareado a un capitán de navío. Kent Dodge se dijo, muy en contra de su voluntad, que en toda su maldita vida encontraría otra mujer tan bonita.

De pronto, ella se volvió. Sus ojos se clavaron en el rostro inexpresivo del hombre.

—Kent —susurró—, te he hecho mucho daño.

—Ya te he dicho lo que pensaba: Estaba deseando mataros a tus hermanos y a ti. Pero luego he tratado de comprender vuestra actitud, me he dado cuenta de que nuestros enemigos son comunes,

y he logrado pensar de otro modo. Más vale que nos olvidemos de lo que sucedió, Marta, y pensemos en lo que va a suceder.

—Pero quiero recompensarte de algún modo.

—¿Vas a permitirme que pase la noche aquí? —preguntó Kent, dando casi un brinco en la butaca.

Tuvo la sensación de que ella no le había oído siquiera. Porque Marta dijo con un soplo de voz:

—Pienso darte cien mil dólares.

La expresión que se dibujaba en el rostro del hombre debió ser de un desencanto total, porque ella se creyó en la obligación de aclarar:

—No te lo pagaré en un cheque que sea difícil de cobrar ni nada por el estilo. Los cien mil dólares los tengo en buena moneda del Norte, que puede servirte aquí lo mismo que en Washington.

—Es que…

—¿Crees que no tengo ese dinero?

—Sí, ya sé que lo tienes. Eres una auténtica millonaria…

—Pues tu expresión es la de un hombre que no está satisfecho. Y pienso una cosa.

—¿Qué piensas, muñeca?

—Que te parece poco.

Él se puso en pie. Su musculatura, su mandíbula cuadrada, sus ojos profundos y grises hicieron que se empequeñeciese la figura de la muchacha, a pesar de que ella no era ninguna muñequita.

—Oye, millonaria —murmuró él—. Tú todo lo arreglas con dinero, ¿verdad?

—Soy hija de un banquero. Y el dinero es lo que la gente más apetece, según me enseñó mi padre.

Él desvió la mirada.

—¿Sabes que tu padre había cambiado bastante en los últimos años, millonaria?

—¿En qué sentido?

—Había descubierto, de pronto, que el sol es hermoso. Durante años había soñado con ser un artista, y en cierto modo ya había renunciado a serlo. Hasta que de repente se dio cuenta de que, sin montañas de dólares, se podía ser también feliz. Más feliz, incluso. Teniendo lo suficiente para vivir, resultaba estúpido estar todo el día, toda una vida, pendiente de si el dinero se multiplicaba o no.

¡Un dinero que, al fin y al cabo, derrocharían sus hijos o sus nietos! Algo semejante me pasaba a mí, porque mi padre también había sido muy rico, y yo fui educado para que amase el dinero. Johnson y yo nos entendimos sin palabras. Yo creo que si prestó su oro al Gobierno del Sur fue para librarse de él.

Sus manos sujetaron los hombros de la muchacha. Sus hombros desnudos, calientes, mórbidos. Lo hizo sin darse cuenta, sin que apenas interviniera en ello su voluntad.

—Pero tú sigues creyendo que el dinero es lo único importante —continuó—. Cometiste un error y pagas para repararlo, ¿no es así? Y el tipo a quien destrozasteis la espalda aún tiene que estarte agradecido…

Ella parpadeó. Se dio cuenta de que aquel hombre era distinto de los demás que había conocido, los cuales se ablandaban enseguida en cuanto ella hablaba de pagar unos cuantos dólares. Marta sintió en este momento como si despreciar su dinero fuese despreciarla a ella misma.

—No te entiendo —susurró—. El dinero lo aprecia todo el mundo.

—Si yo llego a tener cien mil dólares, soñaré en tener doscientos mil —dijo Kent—. Sé de sobras lo que ocurre. Lo mejor para no vivir pendiente de él es no empezar a tenerlo en cantidades apreciables. De modo que busca por otro lado, millonaria.

—Pero si no es con dinero…, ¿de qué modo puedo recompensarte?

Él dijo suavemente:

—Cuando te vi en el saloon, tan cambiada y tan bonita, no pensé en pedirte cuentas por lo que había sucedido. Sólo pensé en hacer una cosa más sencilla.

—¿Besarme?

Ella le desafiaba con la mirada. Sus ojos brillaban. Su cuerpo, tenso y rebelde, parecía dispuesto a luchar.

—Besarte… así.

La estrechó en sus brazos y buscó su boca. Ella se revolvió, luchó, gimió sordamente como si la estuviesen matando. Caso de tener los labios libres, aquellos gemidos se hubiesen oído desde el otro lado de la puerta, pero ahora nadie los captó… excepto Kent. Y para él la resistencia de la muchacha era algo que le enardecía, algo

que terminaba por volverle completamente loco.

Cuando la soltó, ella estaba pálida. La débil capa de *rouge* que cubría sus labios, se había extendido por casi toda la cara. Sus ojos estaban turbios. Algunas partes de su vestido habían sido rotas en la lucha.

Entre aquellos rotos de la tela, su piel tersa, palpitante, joven, era como una oscura tentación.

Pero Kent no la tocó más. Pensó que ya había hecho bastante con besarla de aquel modo.

«Ahora va a abofetearme —pensó—. Ahora me atizará una que me dejara mudo para tres meses…».

Pero, en lugar de abofetearle, ella reaccionó de un modo completamente distinto. De pronto, su rostro adquirió una severa, una glacial dignidad. Se volvió, yendo hacia el escritorio que ocupaba uno de los lados de la pieza, y alzó la tapa.

Dentro había dos fajos de billetes nuevos y crujientes. Dos gruesos fajos que, a ojo de buen entendedor, representaban cincuenta mil dólares cada uno.

Volvía a ser la mujer que siempre se movió entre millones, la hija de un banquero que siempre vio comprarlo y venderlo todo con fajos de billetes como aquéllos.

—Toma —dijo secamente.

Disimuló no comprender:

—¿Qué es esto?

—¿Nunca has visto cien mil dólares?

—¿Vas a darme eso por haberte besado?

—Voy a dártelo porque es el precio que he fijado por el daño que te hice. Un precio generoso, no hay duda. En cuanto a lo que tú me has hecho a mí, mejor será olvidarlo.

Él admiró su severa dignidad, su aire de mujer completamente inasequible.

—Quieres ser una auténtica millonaria, ¿eh?

—Quiero ser lo que soy.

Y adelantó un poco más los fajos de billetes, hasta que éstos rozaron los dedos de Kent.

—Toma…

Los dedos del hombre no temblaron al aceptarlos. Los billetes crujieron cuando los guardó en uno de sus bolsillos.

Marta sonrió. Y por unos momentos su sonrisa fue burlona, dura, casi amarga.

Él no contestó.

Sus ojos grises la miraban intensamente. El rebelde mechón de sus cabellos le caía ahora del todo sobre la frente.

—Creí que serías distinto —musitó ella—, pero todos los hombres, en realidad, sois iguales. Ninguno de vosotros resiste un fajo de billetes. ¿Estás satisfecho? ¿Quedamos en paz?

—Quedamos en paz —dijo Kent.

—Entonces, vete.

En su voz latía un sordo desprecio y, quizá, también, muy en el fondo, una oculta pena.

—Vete —repitió.

—Has vuelto a ser una auténtica millonaria, ¿verdad? Una mujer que lo consigue todo con su dinero.

—No importa lo que yo sea. ¡He dicho que te vayas de aquí!

—¿Por qué no compras pistoleros para que maten al general Barton? —preguntó—. Tienes suficiente oro para conseguirlo.

—Nadie admitiría dinero para matar a un hombre así. Representa la muerte segura. Es demasiado peligroso…

—Justo. Demasiado peligroso… Y tendrás que hacerlo tú, millonaria. Tú solita.

—¡No necesito la ayuda de nadie!

—Exacto… Eres demasiado rica para humillarte pidiendo ayuda. Entre tus hermanos y tú podéis hacerlo todo. Muy bien, millonaria. Creo que es la última vez que nos vemos.

—Eso espero yo también. Adiós.

Su voz era tensa, cortante. Ni siquiera miraba al hombre.

Éste sentía como si los cien mil dólares quemaran en el bolsillo donde los había guardado.

Pero abrió la puerta y salió.

Abajo, el indio estaba recordando a sus antepasados e iba ya por la segunda botella. Kent tuvo que cargarlo sobre sus hombros y llevarlo al hotel. Allí el piel roja se puso a gruñir que aquello era un asco y que por qué no le había dejado seguir siendo respetuoso con los muertos.

# CAPÍTULO XI

Como muy bien había supuesto Kent, la muerte de El Caballero significó un rudo golpe para los planes del general Barton.

Éste paseaba por su habitación, nerviosamente, apoyándose alternativamente en su muleta y en su pierna sana. Estaba tan preocupado que no se dio cuenta de que el menor tropezón podía hacerle perder el equilibrio. Al fin se sentó y vació el vaso de *brandy* que tenía colocado en una mesita, al alcance de su mano.

Tenía unos resguardos que significaban un millón de dólares en oro, pero de nada le servían si no iba a cobrarlos a México. Era inútil cualquier otra combinación: tenía que ir personalmente si quería hacerse con aquella suma.

¡Con lo bien planeado que estaba todo!

Bastaba cruzar la frontera, de paisano, llegar hacia la capital mexicana en carruaje o en ferrocarril y presentarse en las oficinas del consorcio bancario. Barton pensaba retirar el millón de dólares, abrir en otro Banco una cuenta a su nombre, con aquel dinero, y regresar. Todo aquello podía hacerlo en sólo una semana.

El resto era más sencillo aún.

Una año después —siempre había que dejar un margen para que la gente no sospechase— pediría el retiro del ejército y se iría a vivir a Buenos Aires. Allí residiría seis meses más entre chicas bonitas y alegres, mientras sus antiguos compañeros se olvidaban de él. Luego iría a México, recogería el oro depositado en su cuenta y se largaría a Europa. A París, seguramente. Un millón de dólares en oro, es decir una fortuna fabulosa, estaría en sus manos. Por mucho que gastase, nunca llegaría a consumirla. De modo que… ¡a vivir!

Pero todo se había frustrado con la muerte de aquel estúpido.

No sólo estaba enterrado ya El Caballero, sino también el resto de sus hombres. Nadie podía conducirle con seguridad a la frontera de México, haciéndole pasar al otro lado.

En aquel momento alguien pidió permiso para entrar. Barton lo concedió con un gruñido.

Era un ordenanza. El otro, el que tuvo anteriormente, había muerto en circunstancias misteriosas. Eso hacía que Barton se sintiera más intranquilo y de peor humor todavía.

—¿Qué quieres? —masculló.

—Traigo unas invitaciones, general.

—¿Unas invitaciones de qué?

—Esta noche dan un espectáculo extra en el saloon. La dueña dice que se sentiría muy honrada si usted acudiese.

—A ver.

La invitación estaba bien impresa. Y alguien había dibujado en ella la sugestiva bailarina.

—Esa dueña es nueva, ¿verdad?

—Sí, mi general.

—¿Y… qué tal?

—Despampanante. De lo mejorcito que ha puesto los pies en esta condenada ciudad.

—Muy bien. Entonces, di que iré.

—Lo haré, general.

El ordenanza se alejó. Barton miró por la ventana y vio que empezaba a anochecer.

Recordó que aún tenía que resolver otro asunto. ¡Infiernos, las cosas no terminaban de arreglarse nunca! Hizo un gesto de desagrado y abandonó la habitación, descendiendo con precauciones unas empinadas escaleras que llevaban a cierto cuarto trasero de la planta baja. Aquello había sido convertido en celda, y sólo unas cuantas personas afectas al general tenían entrada en la zona.

Cosas completamente al margen de las órdenes militares se desarrollaban allí. Todo lo que ocurría le hubiera podido costar la piel al general Barton, caso de enterarse sus superiores, pero eso no le preocupaba porque nadie lo sabría jamás.

Un sargento de aspecto patibulario le abrió la puerta. Dentro, sobre una mesa, estaba atado un hombre que tenía el tronco

desnudo. Iba amordazada para que no pudiese gritar. Todo su pecho estaba recorrido por las marcas muy recientes que había dejado un hierro al rojo.

El general miró a aquel hombre, que había perdido el sentido.

Lo conocía. Era un individuo muy extraño. Un individuo que había tratado de matarle la noche anterior, yendo vestido con ropas negras muy amplias y llevando el rostro cubierto por una careta de cera admirablemente hecha.

Luego miró al que había estado torturándolo. No era un soldado, sino un bandido vulgar. Entre sus batidores y exploradores, Barton tenía a gente de aquella clase para emplearla en caso necesario.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Sólo su nombre. Que se llama Mich.

—¿Qué más?

—También el apellido: Johnson. Supongo que Mich quiere decir Michael. De modo que ese tipo se llama Michael Johnson.

—¿Y eso es todo lo que ha podido averiguarse?

—Todo. Es un fulano más duro de lo que parece.

—De modo que hijo de Johnson… No hay duda de que tenía motivos muy serios para tratar de matarme. Pero este hombre tiene un hermano y una hermana que son más peligrosos que él. ¿Te ha dicho dónde están?

—No, a pesar de que… ya ve. Se lo he preguntado con argumentos «que convencían».

El prisionero movía la cabeza de un lado a otro. Estaba sin sentido, pero deliraba. El verdugo le retiró la mordaza por si decía alguna palabra interesante.

Pero Mich sólo decía cosas incoherentes, y lo único que podía entenderse en cierto modo era el nombre de Marta.

Barton arqueó una ceja.

—Todo esto nos sirve de bien poco… —Gruñó.

—Yo casi diría que no nos sirve de nada.

—Y si viene alguna inspección y este hombre aparece por aquí, puede que me hagan preguntas. Lo mejor es que se evapore.

El verdugo sonrió suavemente:

—Sí, general.

—Encárgate tú mismo de eso. Pero que no llame la atención.

—Tengo una idea… Dentro de muy poco van a llegar a la ciudad

unos cuantos cadáveres de sudistas que han muerto en una escaramuza cerca de la frontera. Se les quiere enterrar en lugar civilizado. Vestiré a este hombre con un uniforme viejo de los de sobran por todas partes y lo haré enterrar. Nadie se enterará de nada.

Barton se encogió de hombros.

—Tienes licencia.

El verdugo desenfundó un cuchillo que llevaba colgado en la cintura y lo clavó secamente en el corazón de Mich, incluso hallándose inconsciente, tuvo una convulsión. Luego quedó espantosamente quieto.

El general lo miró.

—Lástima que no haya hablado —dijo, por todo funeral.

—Hubiese muerto igualmente, ¿no?

—Desde luego.

—Bueno, así hemos ahorrado trabajo…

Se volvió de espaldas y buscó entre un montón de ropas que se apilaban en un rincón. Eran uniformes sudistas que los fugitivos se habían quitado para poder huir mejor, vestidos de paisano. Barton decidió no ver nada más.

Todo aquello le daba náuseas, pero ya estaba terminado. No volvería a pensar en ello.

Ahora sólo necesitaba encontrar alguien que le condujese con toda seguridad al otro lado de la frontera. Claro que lo buscaría al día siguiente… Aquella noche tenía algo mejor que hacer. Tenía una agradable cita.

Volvió a su habitación y examinó la invitación que el ordenanza le entregara poco antes. Si la nueva dueña del saloon era tan bonita como le habían dicho… De pronto oyó un ruido a su espalda.

Se volvió lo más rápidamente que pudo. El ordenanza entraba con un uniforme recién cepillado.

—Ah… Perdón, general. ¿Le he molestado?

—No, no… Está bien limpio ese uniforme, supongo.

—Está perfecto.

—Lo necesitaré para esta noche.

—¿Va a aceptar la invitación?

—Sí. Creo que necesito distraerme un poco.

El ordenanza fue a colgar el uniforme en un armario que estaba

situado muy cerca de la ventana.

Miró distraídamente por ella. De pronto, quedó rígido.

—General…

—¿Qué?

—En cuanto la vea, reconocerá que tengo razón.

—¿Razón en qué?

—En que nunca se ha visto en esta maldita ciudad una mujer como ella. Mírela, ahora atraviesa la calle. Es la nueva dueña del saloon.

El general se acercó a la ventana. De pronto, sus ojos se achicaron.

—¿De modo que es ésa?

—Ajajá.

Barton estuvo a punto de lanzar una carcajada. De repente, se olvidó de todos sus problemas. La cosa era como para sentirse satisfecho. Después de todo, no podía decir que no le hubiese acompañado la suerte.

—En los servicios de información tenemos muchos documentos —dijo lentamente—. Y bastantes de ellos retratos hechos con ese nuevo y maravilloso invento: el daguerrotipo. Se puede ver la cara de una persona tal cual es, mucho mejor que en el más perfecto dibujo. Ahora eso ya es bastante normal, pero antes de la guerra resultaba de verdad sorprendente.

El ordenanza le miró sin entenderle del todo.

—¿Qué quiere decir, general?

—Que en mi oficina hay un gran retrato de Johnson y sus tres hijos: Uno de ellos es esa muchacha que acaba de cruzar la calle.

—¿Quiere decir que es la chica a la que buscamos?

—La misma. Y no la hemos visto, precisamente, por tenerla demasiado cerca.

Apretó los puños mientras añadía:

—Sin duda, piensa atraerme a su saloon para tenderme una trampa. Quiere lograr lo que sus hermanos no han conseguido… Muy bien, la sorpresa voy a dársela yo… Y mucho antes de lo que espera.

Caminó hacia el centro de la habitación.

—Busca a Perry. Está abajo en la celda. Dile que termine pronto con el cadáver porque hay trabajo para él. Y tú prepara un rifle. Los

tres nos divertiremos dentro de poco tiempo…

# Capítulo XII

En el saloon había más gente que de costumbre aquella noche, lo cual significaba que no se podía dar un paso. A no ser por la gran abundancia de uniformes, diríase que la guerra jamás había pasado por allí. Todo el mundo reía, bebía, cantaba…

Barton se apeó trabajosamente de su carruaje ante la puerta del local. Apoyado en su muleta y en su pierna sana, se abrió paso entre la muchedumbre.

Una hermosa muchacha salió a su encuentro. Era la más bonita del local, después de la dueña. Sonrió graciosamente mientras procuraba que la posición de su falda dejase bien al descubierto sus piernas.

—¿Es el general Barton? —preguntó.

—Sí… Quizá he cometido una incorrección al venir de paisano.

Barton había cambiado de propósito, decidiendo no usar el uniforme. Pensaba que así todo sería más sencillo y sobre todo más discreto. La muchacha volvió a sonreír graciosamente.

—Hay un reservado especial para usted, señor.

—Lo imaginaba. Gracias.

Le hizo subir por una escalera lateral, que era la que empleaban las artistas. No había nadie allí, y en cierto modo nadie le vio… excepto los dos hombres armados que estaban vigilantes al otro lado de la calle.

Perry, el que había matado de una puñalada a Mich, dio un codazo a su compañero.

—Vamos, Say.

Los dos hombres atravesaron la calle y subieron la escalera con silencio y agilidad gatunas. Se parapetaron tras una puerta bajo la cual se filtraba un rayo de luz.

Barton había dicho:

—«Cuando yo deje caer un vaso al suelo y oigáis el ruido, entráis y disparáis a mansalva».

Era la señal convenida. Una señal que no podía fallar porque era seguro que invitarían a beber a Barton. Y nada más sencillo para éste que dejar caer un vaso a tierra.

Mientras tanto, el general se había acomodado en uno de los divanes. La hermosa muchacha que le había conducido hasta allí acababa de salir, tras dirigirle una última sonrisa.

Al cabo de unos instantes, la puerta del reservado volvió a abrirse, y en ella se recortó la figura soberanamente hermosa de Marta Johnson.

Marta llevaba un vestido blando, extremadamente ceñido a sus formas. Todo aquello había pertenecido a Carol, pero le sentaba muy bien. La falda abierta en parte, permitía insinuar un universo que hizo parpadear varias veces a Barton.

—Qué maravillosa sorpresa…

Marta le tendió la mano. Sus dedos fríos temblaron al ser tocados por los viscosos del hombre:

—Sea bienvenido, general.

—¿Cómo es posible que hubiera una mujer tan bonita en la ciudad y yo no la conociese?

Marta se sentó frente a él y cruzó las piernas. Apoyó la mano en uno de los cojines del diván en que se había acomodado.

—En realidad, quizá nos conociésemos, general.

—¿Usted cree?

—Casi estoy segura.

—Habrá que pensar en eso —dijo Barton evasivamente—. Pero mientras tanto, ¿no me da de beber?

—Oh, claro que sí… Perdón, lo olvidaba.

Marta se puso en pie y trajo hasta la mesa un cubo con una botella de champaña helado, y una bandeja con dos copas. Descorchó la botella con habilidad.

—Es champaña francés, general. Legítimo.

—Cualquier cosa es legítima y buena a su lado, Marta.

—No sabía que los generales nordistas fuesen tan… amables.

—Tengo entendido que usted y sus hermanos sirvieron en nuestro bando.

—Sí, como exploradores. Usted no ignora que, a veces, las mujeres también servían para ese cometido.

—Pero ninguna era tan bonita como usted, Marta…

Él bebió. Notó que los ojos de la mujer se hacían más duros, más intensos y crueles.

—Es bueno el champaña, ¿no? ¿Qué le parece, general?

—Es excelente.

—Me alegro… porque no tendrá ocasión de beber otra cosa en lo que le resta de vida.

Él sonrió. La suya fue una sonrisa muy extraña, que confundió a Marta. No pensó que todo había sido demasiado fácil hasta aquel momento. No se le ocurrió que Barton podía haber sido más listo que ella.

El general, sin perder su sonrisa, dejó caer la copa al suelo y ésta se hizo añicos.

Inmediatamente la puerta del reservado se abrió. Dos hombres armados con revólveres aparecieron en el umbral.

Marta quedó atónita. No había esperado aquello. El sentirse demasiado seguro de sí mismo es muchas veces un defecto grave. Había cometido el error de pensar que solamente ella tomaba precauciones.

Y el general también las había tomado… Y con más habilidad.

—Éstos son mis buenos amigos Perry y Say —dijo Barton lentamente—. Uno de ellos, Perry, ha matado a tu hermano, después de torturarlo, muchacha… Quería darte esa buena noticia para que sea en lo último que pienses al morir.

Miró a Perry.

—¡Dispara tú primero! ¡Destrózale la cara!

Perry alzó el revólver. En sus labios flotaba una sonrisa maligna.

En aquel momento, la puerta que estaba al lado opuesto del reservado se abrió también de un seco golpe. En ella apareció una figura fantasmal. Una extraña figura, cubierta con ropas negras y anchas, y cuyo rostro no era sino una máscara inhumana.

Perry fue a desviar el revólver hacia aquel nuevo e inesperado enemigo. Logró situar el cañón en línea de tiro. Pero no pudo disparar.

Dos llamas anaranjadas parecían haber brotado de la mano derecha de aquel individuo. Perry sintió dos golpes en su frente, dos

golpes que parecían muy lejanos, como propinados a otra persona. No se dio cuenta de que le habían volado la cabeza.

Say logró reaccionar instantáneamente. Al ver caído a su compañero, disparó contra aquella especie de fantasma. La bala sólo produjo un rasguño en la máscara de cera, de la cual brotaron leves esquirlas. Say, aullando, trató de apretar el gatillo de nuevo, pero sintió lo mismo que había sentido Perry.

Dos llamas anaranjadas. Dos golpes en la frente.

Ahora fue Barton el que gritó, viendo que había quedado solo. Sus dos compinches, con las cabezas atravesadas, lo estaban llenando todo de sangre. Y él iba desarmado. No tenía a mano más que su muleta para defenderse de aquel diablo o de aquel fantasma.

Pero la movió con habilidad y fuerza. Sin levantarse del sillón, consiguió propinar un terrible golpe a la cabeza del desconocido, por encima de la máscara. Éste cayó, aturdido en el primer instante.

Marta había sacado un revólver de debajo del cojín en que se sentaba. Trató de disparar.

Pero Barton era más ágil de lo que parecía, a pesar de tener sólo una pierna. Sus brazos eran los de un verdadero atleta y los movía con endiablada rapidez. Otro golpe de muleta envió el revólver por los aires, antes de que ella pudiera disparar.

A continuación, Barton se apoyó en su pierna sana y basculó el resto del cuerpo hacía la pared frontera. Quedó apoyado en ella y con su pata de palo apoyada en el pecho del caído.

Éste empezaba ya a rehacerse. Estaba a punto de arquear el cuerpo y enviar al general al otro lado de la pieza. No le hubiera costado gran trabajo conseguirlo.

Pero la expresión de Barton no era agresiva. Parecía más bien la de un hombre que tiene miedo. Con voz casi inaudible susurró:

—Por favor…

Marta misma quedó sorprendida. Balbució:

—¿Qué ocurre?

—Ya ven que estoy desarmado —dijo Barton—. No pueden matarme así, a sangre fría… Cualquier cosa que haya entre nosotros puede discutirse. Estoy dispuesto a rendirme, a hallar una solución…

—¡Dispuesto a rendirse! —balbució Marta.

—De verdad… Le ruego que me crea…

Su mano derecha iba hacia la rodilla. Barton hizo un gesto de vivo dolor.

—Diablos… Me he… roto algo… Es insoportable…

De pronto, disparó el resorte.

La mortal lengua de acero surgió con la fuerza de una bala.

Pero en la última décima de segundo, cuando ya se oía el chasquido del resorte, el hombre que estaba en el suelo debió ver algo demoníaco en los ojos del general. Algo que le hizo lanzar un grito, mientras contorsionaba todo su cuerpo.

La hoja de acero solo le rozó. Barton cayó hacia atrás, lanzando un chillido.

Pero tuvo suerte otra vez. El revólver que había tenido que soltar Perry tropezó materialmente con sus dedos. No tuvo más que empuñarlo y apuntar mientras su enemigo aún se incorporaba.

Lanzó una risita seca, ronca.

—¡Tú primero! ¡La mujer, luego!

Fue a disparar. El dedo se cerraba ya sobre el gatillo…

Y en aquel momento se dibujó en sus labios un rictus de agonía. Lanzó un gemido y cayó hacia delante, soltando su arma. Al quedar de bruces en el suelo Marta y su salvador pudieron ver el mango del puñal que Barton llevaba clavado en la espalda.

Desde el umbral, el indio se frotó las manos.

—No ser bueno matar con bala, pero matar con puñal ser cosa honorable… Mi padre explicar y yo repetir siempre…

Marta, atónita, se volvió hacia el hombre que la había salvado. Sus dedos rozaron la máscara.

—Peter —susurró—. Creí que tú también habías muerto… Ese hombre mató a Mich… ¡Dios mío!

—También Peter murió —dijo una voz que ella conocía—. Desgraciadamente, y no pude hacer más que vengarle y apoderarme de sus ropas y esta máscara.

Se la quitó, de pronto. Ante los ojos atónitos de Marta apareció el rostro de Kent Dodge.

Ella sintió que sus rodillas vacilaban.

Todo daba vueltas en torno suyo.

—No es posible… —susurró—. No puedo… creerlo.

—Siento haber tenido que darte esta noticia —musitó él—. Lo siento de veras, Marta, porque quizá tus hermanos no eran tan

orgullosos, ni tan «millonarios» como tú. Y ahora, toma.

Extrajo algo de uno de sus bolsillos. Eran dos fajos de billetes que ella conocía tan bien… y a los cuales iba adherido otro billete más pequeño.

—¿Qué es eso? —balbució.

—He tenido tu dinero durante casi todo un día. Justo es que te lo devuelva con los intereses. ¿No es eso lo que los banqueros hacéis?

Ella pareció quedar helada. Sus labios temblaron.

—¡Kent! Yo nunca… nunca pretendí…

Kent Dodge no respondió. Se inclinó sobre el cadáver del general y extrajo de uno de sus bolsillos algo de lo que éste procuraba no separarse nunca.

—Tu dinero —dijo—. Anda, apresúrate a cobrarlo. De paso, te servirá para que se descubran muchas cosas de Barton y para que nadie te acuse por lo que ha ocurrido aquí.

Ella tomó los billetes amarillos, tantas veces manchados de rojo. Parecieron temblar en sus dedos. De repente, exhaló un gemido y los dejó caer a tierra.

—¿Es que no los quieres? —preguntó burlonamente Kent—. ¿Qué te sucede, millonaria?

—Sólo los necesito para justificar la muerte de Barton. ¡Para que todo el mundo sepa la clase de canalla que era! Lo demás… no me importa. Ese dinero se quedará donde está… ¡Hay miles de personas en este país que lo necesitarán más que yo!

Kent sonrió burlonamente. Parecía no creerla.

—Quieres limpiar tu alma, ¿eh, millonaria? Quieres demostrar que, al fin y al cabo, no eres esclava del dinero… Muy bien, ya me lo contarás otro día… pero por carta y si logras averiguar dónde estoy. Adiós. Creo que nunca más volveremos a vernos.

Se dirigió hacia la puerta. Ella gimió.

—¡Kent!

Él no se volvió.

—¡Kent! ¡Eres, ahora, lo único que tengo! ¡Lo único que me importa, lo creas o no! ¡Lo único que… que quiero…!

Su acento era de desgarradora sinceridad, pero el hombre hizo un esfuerzo para no creerla. No, no podía ser… Apretó los labios y trató de seguir adelante.

De pronto, le pareció que todo, que el mundo entero, daba vueltas en torno suyo.

Su amigo, el indio, acababa de atizarle con una cachiporra.

Kent Dodge cayó al suelo, sin exhalar un gemido, y entonces Marta pudo «capturarle». Se abrazó a él, mientras lloraba, mientras sentía que una lucecita de felicidad empezaba a nacer, a pesar de todo, muy en el fondo de su alma.

—Había que detenerlo de algún modo —explicó el indio, como disculpándose—. Yo notar que tú ser sincera… Y él, gran cabezota, no querer escucharte…

Ella se inclinó y besó los labios de Kent. Éste no hizo un movimiento. Sólo el indio se dio cuenta de que el muy buitre no estaba dormido, sino que lo fingía.

«Si sigue besándolo, lo deja como uno de mis antepasados… —pensó—. ¡El pobre se me muere…!».

Pero, por fortuna, Marta lo soltó pronto. Y entonces Kent debió pensar que su desmayo ya había durado bastante y decidió empezar él.

El indio, por su parte, también decidió una cosa: Dejarles solos.

Y se largó en busca de una botella de *whisky*.

FIN